



CUATRO MUJERES JUSTAS

KEITH LUGER



El subastador dijo:

—Damas y caballeros, ahora tengo el gusto de ofrecerles un lienzo firmado por Monteverdi, de la escuela de Rafael. Una verdadera joya. Se trata de un estudio sobre María de Magdala. El modelo fue la propia esposa del pintor, que aparece en otros cuadros... Vamos a empezar con veinte mil francos.

Uno de los asistentes a la subasta, que se sentaba en la primera fila, de barba blanca, hizo una señal con su bolígrafo.

—Veinte mil quinientos —dijo el subastador.

Una dama con cara de caballo levantó la mano derecha.

—Veintiún mil francos.



Keith Luger

Cuatro mujeres justas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 906

ePub r1.0

Lds 19.03.19

Título original: *Cuatro mujeres justas*

Keith Luger, 1967

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El subastador dijo:

—Damas y caballeros, ahora tengo el gusto de ofrecerles un lienzo firmado por Monteverdi, de la escuela de Rafael. Una verdadera joya. Se trata de un estudio sobre María de Magdala. El modelo fue la propia esposa del pintor, que aparece en otros cuadros... Vamos a empezar con veinte mil francos.

Uno de los asistentes a la subasta, que se sentaba en la primera fila, de barba blanca, hizo una señal con su bolígrafo.

—Veinte mil quinientos —dijo el subastador.

Una dama con cara de caballo levantó la mano derecha.

—Veintiún mil francos.

Un hombre que exhibía un monóculo en el ojo izquierdo se acarició la patilla.

—Veintiún mil quinientos.

El de la barba blanca movió otra vez el bolígrafo.

—Veintidós mil francos.

Marcel Remy, el dueño de las galerías en donde se celebraba la subasta, se encontraba junto a unas cortinas de terciopelo, en el hueco que comunicaba con la dependencia interior. Estaba satisfecho. Allí se habían reunido muy buenos clientes. La subasta le dejaría pingües beneficios.

Una mano, apareciendo por detrás de él, le tocó el hombro.

Volvió la cabeza.

—¿Qué pasa, Gilbert? —preguntó al empleado que había llamado su atención.

—Patrón, el viajero acaba de llegar. Lo espera en su despacho. Dice que tiene prisa.

—En seguida voy... Quédate aquí y ten cuidado con el tipo de

bigote gris y corbata de lazo. Está sentado a la derecha, en la cuarta fila... Es Henri Regel. No está bien de la cabeza. Se quedó con un Ticiano hace tres meses y su familia se negó a pagarlo. Menos mal que no le aceptamos el cheque. Carecía de fondos... No lo denunciarnos a la policía porque prometió no subastar, pero lo veo muy nervioso. En cuanto abra la boca, lo sacas de aquí.

—Confíe en mí, señor Remy —asintió Gilbert Fistre.

Marcel dirigió una última mirada al público que llenaba el local, y se internó hacia su despacho.

Su visitante interrumpió el paseo de un lado a otro de la habitación para estrecharle la mano.

—¿Buen viaje, señor Halifax? —preguntó Remy ocupando su sillón de cuero, detrás de la mesa.

—Sin ninguna novedad.

—¿Los cuadros?

—Están aquí.

—¿Aquí? ¡Le dije que no los trajese! ¡La policía está alertada!

—Sí, y también Scotland Yard. No podía dejar los cuadros en Inglaterra. Y quiero terminar el negocio cuanto antes.

Marcel Remy cerró los puños.

—Halifax, me pone usted en un compromiso.

El visitante había tomado una valija que puso sobre la mesa.

—¿Por qué esperar más tiempo, señor Remy? Los lienzos están aquí. Usted me paga y se acabó.

Marcel se levantó de un salto y cogió un diario.

En la primera página se leía:

«Audaz golpe en el Museo particular de lord Tolling. Los ladrones se llevaron dos Rubens, dos Van Gogh, tres Monet y un Picasso».

—Señor Halifax, no espere nunca que fuese usted tan atrevido. Halifax sonrió satisfecho.

—Gracias.

—No lo decía para halagarlo, señor Halifax. El robo es demasiado reciente. Fue cometido anteanoche, y usted se encuentra ahora en París con su... —Remy titubeó—, con su mercancía.

—Eso quiere decir que todo se planeó y fue maravillosamente ejecutado.

—¿Qué garantías tengo de que de esto no saldrá nada mal?

Halifax golpeó la maleta.

—Aquí tiene los lienzos. ¿No le parece que ésa es la mejor garantía?

—¿Dónde están sus cómplices?

—Vigilando la entrada.

—¿Quiere decir que están aquí, en la galería?

—Sí. Cuando nos organizamos para llevar a cabo nuestra aventura, acordamos que nunca se llevaría a efecto la venta sin que todos estuviésemos presentes —Halifax consultó su reloj—. Entrarán dentro de cinco minutos. De modo que, le sugiero que observe la mercancía, como usted la llama, y exhiba su dinero.

—Acordamos que cobrarían en cheques.

—A eso me refería, señor Remy, a los cheques. Dólares, libras esterlinas, francos suizos, todo ello cobrable en Ginebra. Excepto un millón de francos que pagará en dinero en efectivo, en billetes de la República Francesa.

—Lo tengo todo preparado, Halifax, pero me resisto a hacer la operación en este momento. Pensé que usted dejaría pasar al menos una semana.

—No sea ingenuo, señor Remy. ¿Qué adelantariamos con dejar pasar una semana? Nosotros tenemos nuestra lógica. Aunque el golpe fue efectuado sin dejar ningún cabo suelto, correríamos más riesgo si dejásemos pasar unos días. Para usted debe ser mucho más sencillo hacer desaparecer los lienzos. Tiene más medios que nosotros para ello. Soy partidario de que, en la vida, cada cual debe realizar el trabajo para el que ha sido destinado... Nosotros, mis amigos y yo, nos apoderamos de los cuadros. Ahora, usted debe poner su parte. Sólo con una sincronización adecuada se puede triunfar en este difícil negocio.

Marcel Remy sacudió la cabeza.

—Está bien, le pagaré.

Halifax se frotó las manos sonriente.

—Es usted muy amable.

Dieron dos golpes en una puerta.

—Son mis amigos —dijo Halifax y abrió.

Dos hombres entraron en la estancia. Se cubrían de oscuro.

—Hola, muchachos —los saludó Halifax—. El señor Remy se disponía a pagarme. Habéis llegado muy a tiempo.

Los dos recién llegados miraron a Marcel Remy, pero no dijeron nada.

El dueño de las galerías carraspeó suavemente porque la situación no le gustaba nada. Quería terminar cuanto antes.

Se volvió hacia la pared y apartó un cuadro, una copia de la Maja Desnuda, de Goya, que cubría la caja fuerte empotrada.

Manejó el dial durante unos instantes y abrió.

Pero no sacó nada del interior. Se volvió y dijo:

—Quiero ver los lienzos.

—Desde luego, señor Remy. Es su derecho —asintió Halifax.

En ese momento, se abrió otra vez la puerta y una voz dijo:

—¿Permiten la intromisión?

Todos miraron hacia allí y quedaron asombrados.

Se trataba de una mujer que se cubría de una forma muy especial, botas negras y charoladas, pantalón negro ceñido y jersey también negro que se adaptaba a las formas atractivas de sus senos. Sobre ese jersey campaba una S en rojo. Su cabello era rubio platino, el rostro bellísimo, de mejillas ligeramente hundidas y ojos verdes.

Completaba su indumentaria una pistola que manejaba con la diestra.

—¿Quién es usted? —exclamó Marcel Remy.

—La persona que va a impedir que ustedes se salgan con la suya.

—Eh, no estará hablando en serio... —Marcel Remy se había puesto a sudar—. ¡Es una cómplice de usted, Halifax...! Ya sé lo que pretende. Robarme y llevarse los lienzos.

—¿Qué tontería está diciendo?

—Llego todavía más lejos, Halifax. Ni siquiera trajo los lienzos en esa maleta.

—Señor Remy, no he visto a esta mujer en todos los días de mi vida, y le voy a decir algo. Efectivamente se trata de una trampa, pero es usted quien la ha organizado. ¡Esta rubia trabaja para usted...!

—¡Para usted!

—Para usted.

—Ya basta —intervino la rubia—. No trabajo para ninguno de los dos.

Uno de los cómplices de Halifax, golpeó en la muñeca armada de la rubia, la cual perdió la pistola.

—¡Ahora, Slim! —dijo Halifax.

El llamado Slim se lanzó sobre la rubia para atraparla por el cuello, pero entonces ocurrió algo insólito.

La rubia había cogido el brazo de Slim, hizo palanca con él, y Slim se marchó por el aire, lanzando un aullido, se golpeó contra la pared y cayó.

El compañero de Slim y Halifax atacaron a un mismo tiempo a la rubia.

Los tres cayeron en el suelo en un revoltijo de brazos y piernas.

Remy sacó el pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente.

De pronto se quedó espantado al ver que Halifax salía despedido con una terrible velocidad, y embestía con la cabeza un armario Luis XV que convirtió en astillas.

Dos hombres entraron por la misma puerta que antes.

Halifax, a punto de quedarse sin conocimiento, rezongó:

—Muchachos, acaben con esa rubia, pero no se fíen. Necesitarán un tanque.

La rubia había rodeado con su brazo el cuello del tercer enemigo y lo estaba apretando de tal forma, que el tipo tenía ya los dos ojos fuera.

Los recién llegados se aprestaron a combatir contra aquella mujer.

Entonces, Remy vio lo más sorprendente si es que ya había algo que podía sorprenderlo. Tres mujeres entraron, una tras otra, en la estancia y las tres vestían exactamente como la rubia. Una morena, otra pelirroja y la tercera castaña, y las tres exhibían en el jersey, sobre el pecho, la S roja.

La pelirroja propinó un terrible derechazo en la mandíbula de uno de los hombres mandándolo al suelo sin conocimiento.

La castaña pegó un golpe de conejo en el cuello de otro.

La morena se dirigió hacia Marcel Remy y éste gritó.

—¡No se acerque o le haré daño...! ¡Usted es sólo una mujer!

La morena, sin andarse con rodeos, atrapó a Remy por el brazo y tiró de él.

Marcel creyó que lo habían provisto de alas porque cruzó toda la estancia y también fue a estrellarse contra un *bureau* del siglo XVIII que, a partir de ahora, sólo podría vender como mondadientes.

La rubia había terminado su trabajo con el cuello de su rival, al cual había enviado también a la región de los sueños.

Atrapó la maleta y dijo:

—Listo, muchachas.

—Eh, falta algo —dijo la pelirroja.

Se inclinó sobre Marcel Remy y le golpeó las mejillas hasta volverlo en sí.

—Señor Remy...

—Oiga, diga.

—No queremos marcharnos sin solicitar su ayuda para el Colegio de Huérfanos que tenemos bajo nuestra protección.

—Ah, sí, desde luego —contestó Remy, asustado—. Cuento con cien francos.

—Digamos cien mil.

—¡Oh, no! ¡Yo no puedo dar tanto para los huérfanos...!

La pelirroja ya estaba junto a la caja fuerte empotrada y empezó a sacar fajos de billetes.

—Señor Remy, le voy a dar una gran noticia —dijo—. Usted puede hacer un donativo superior a los cien mil francos para nuestro colegio de huérfanos.

Remy puso los ojos en blanco.

—Sería mi ruina.

—Usted es un honrado ciudadano, señor Remy. Mejor dicho, lo va a ser desde ahora. ¿No le parece? En su profesión se puede ganar mucho dinero, y ahí tiene esa subasta que se está celebrando. En ella obtendrá el cien por cien de beneficios. De modo que, vistas así las cosas, le apuntaremos cien mil francos de donativo.

Remy se volvió a desmayar.

Cuando minutos más tarde recuperó otra vez el conocimiento, ya no había ninguna mujer en su despacho.

Pero vio ante sí a un hombre con sombrero hongo traje oscuro, con aire muy distinguido, y a otros tres al fondo.

—Permítame que me presente, señor Remy. Soy Arthur Kay, inspector de Scotland Yard.

Marcel Remy se levantó tambaleándose y miró a su alrededor.

Entonces descubrió a Halifax y sus cuatro compañeros que estaban esposados.

—No lo comprendo... ¿Qué significa esto?

—Recibimos una llamada comunicándonos que aquí se iba a celebrar una reunión entre los ladrones del Museo de lord Tolling, y usted, señor Remy. Me temo que tendrá que dar explicaciones.

—¿Y las mujeres? ¿Dónde están las mujeres?

—Se fueron.

—Entiendo, esas mujeres forman parte del Cuerpo Auxiliar de la Policía inglesa.

—No, señor Remy. Esas mujeres no tienen nada que ver con la policía inglesa, ni con la de cualquier otro país...

—No entiendo... Si no son policías, ¿quiénes eran?

—Cuatro mujeres que se han propuesto servir a la justicia. Lo hacen a su manera, señor Remy. Digamos de una forma no muy ortodoxa. Le aseguro que hay muchos casos en que nosotros también quisiéramos sorprenderlas, pero hasta ahora, son ellas quienes nos sorprenden a nosotros.

—¿Por qué llevan una S, inspector?

—Por su nombre.

—¿Quiere decir que todas tienen un nombre que empieza por S?

—Sí, señor Remy.

Halifax intervino:

—Termine su información, señor Key. Quiero saberlo todo acerca de esas damas, ya que son ellas quienes nos han estropeado el negocio.

Arthur Kay, inspiró profundamente y dijo:

—Sheyla Palmer, pelirroja, 25 años, natural de Philadelphia. Estados Unidos, doctor en Ciencias Económicas y Políticas... Simone Morel, castaña, 24 años, natural de París, Francia, licenciada en Ciencias Químicas y diplomada en Bellas Artes... Silvia Windsor, rubia platino, 25 años, natural de Manchester, Inglaterra, doctor en Medicina, especialidad Neurocirugía... Sofía Lizani, morena, 24 años, natural de Milán, Italia, Ingeniero Industrial y Aeronáutico. Ésas son las mujeres que les han estropeado a ustedes el negocio, caballeros... Y son conocidas por un nombre... «Cuatro Mujeres Justas»...

CAPÍTULO II

Ahora las cuatro mujeres se encontraban en una lujosa mansión de la Quinta Avenida de Nueva York.

Era su centro de operaciones.

En Nueva York estaba la ONU, tenían instaladas sus oficinas las Compañías más importantes del mundo y era el lugar de reunión de los hombres de negocios, de los pulpos del gran capital que, con sus tentáculos económicos llegaban hasta los más apartados rincones de la tierra.

En Nueva York se ventilaban los asuntos que afectaban prácticamente a toda la población del globo.

Sofía Lizani se encontraba en el taller donde desarrollaba su «hobby»: tallar esmeraldas.

Justamente estaba examinando ahora un ejemplar.

Una pantalla de televisión que había sobre su cabeza dio un suave zumbido y en ella apareció la imagen de una de sus compañeras, la americana Sheyla Palmer.

—¿Es un buen ejemplar, Sofía?

—Magnífico.

—¿Por qué magnífico?

—Esta esmeralda es de una gran pureza y por ahora no he encontrado ningún obstáculo infranqueable a la progresión de la luz.

—Lo celebro, pero siento interrumpirte.

—¿Emergencia?

—Sí. Simone Morel acaba de telefonear desde el edificio de la ONU. Ha sobrevivido algo importante, pero no ha querido adelantar nada. Llegará inmediatamente.

—En seguida me reúno con vosotras.

La imagen de Sheyla desapareció de la pantalla.

Sofía dejó la esmeralda en el lecho de terciopelo de un gran estuche donde había otras doce esmeraldas. Todas ellas habían sido talladas por su hábil mano.

Poco después, entraba en el espacioso *living* donde ya se encontraban la pelirroja Sheyla Palmer, y la rubia platino Silvia Windsor.

Las tres jóvenes se cubrían con pantalones y con blusa.

Sofía se dirigió al bar.

—¿Un martini?

Sus dos compañeras asintieron.

Estaba preparando los martinis cuando una bombilla roja se encendió sobre el bar. Eso quería decir que alguien entraba en la casa. Si se trataba de Simone Morel, la bombilla se apagarla gracias al emisor que la francesa llevaba en el bolso.

Sofía ya había repartido los vasos cuando se abrió la puerta del fondo y apareció Simone Morel.

Pero no venía sola. Le acompañaba un hombre que llevaba los ojos vendados con un pañuelo. Era alto y bien parecido.

Simone lo había conducido hasta allí llevándolo por el brazo.

—¿Ya hemos llegado, señorita Morel? —preguntó él.

—Sí. Ahora lo llevaré a un sillón y podrá descansar.

Simone así lo hizo, y luego, con un gran desparpajo, le quitó el martini a Sofía.

La italiana cruzó los brazos observando atentamente al hombre que estaba sentado en el sillón.

—¿Quién es?

—Colin Bryce —contestó Simone.

El hombre se levantó unas pulgadas.

—Encantado, señorita —dijo con un tartamudeo.

—Será mejor que se siente y permanezca quietecito —dijo la pelirroja Sheyla—. Somos muchas. Además sería absurdo que dijese: «Encantado de no conocerlas», puesto que no nos puede ver.

—Caramba, es verdad —dijo Colin y se relajó en el sillón.

La francesa Simone encendió un cigarrillo. Se cubría con una minifalda de encaje y era una verdadera monería.

—¿Qué quiere el señor Bryce, Simone? —preguntó Sofía.

Simone señaló a la rubia platino, Silvia.

—Creo que la historia te puede interesar, Silvia. Se refiere a Inglaterra.

—¿Qué pasa en los verdes prados de mi isla?

—Pueden pasar muchas cosas. Por ejemplo, que se convierta en la nueva cuna de un totalitarismo con apetencias de dominación universal.

—Los de la cruz gamada nunca han tenido que hacer en Inglaterra.

—Esta vez sería distinto. Porque ya consiguieron lo más importante.

—¿A qué te refieres?

—Al primer ministro.

Hubo un momento de expectación. Simone señaló a Bryce.

—Colin, ¿quieres decirlo tú?

—Con mucho gusto... —El hombre de los ojos vendados inspiró profundamente—. Señoritas, Harold White no es Harold Wilson.

Sheyla Palmer, la americana, intervino:

—¿Quiere decir usted que Wilson ha abandonado su programa laborista y se dispone a proponer un nuevo sistema de gobierno?

—No, señorita. No es eso. Me he expresado correctamente. He querido decir que el actual primer ministro no es la misma persona física que juró fidelidad a la Reina. El primer ministro, Harold Wilson, fue secuestrado en cualquier momento hace unos días, y otra persona con su misma cara, su mismo aspecto, su misma forma de hablar, y sus mismas costumbres ocupa ahora su lugar...

Las palabras de Colin Bryce habían producido la natural sensación.

La inglesa Silvia rió aunque no lo hizo de una forma divertida.

—Señor Bryce, ¿se encuentra usted bien?

—Me encuentro perfectamente, si se refiere a mi salud mental.

—Me refería a su salud mental. ¿Cómo sabe usted algo que debería ser tan confidencial? ¿Quizá porque usted formó parte de los que secuestraron al primer ministro?

—Oh, no —dijo Bryce con aire muy ofendido—. Yo sería incapaz de traicionar a mi país... Lo sé porque soy el ayuda de cámara del señor Wilson... Ya sabe, el que lo atiende en todos los asuntos pequeños, comidas, trajes, aseo personal.

—¿Cuándo ha sabido que el señor Wilson no es el señor Wilson?

—Empecé a sospechar hace tres días.

—¿Cómo nació la sospecha?

—Por la peca.

—¿La peca?

—Sí, señorita, por la peca que el señor Wilson tiene en el muslo izquierdo. El actual señor Wilson no tiene la peca.

—Bueno, hay fenómenos en el cuerpo humano que aparecen y desaparecen. Quizá no sea una peca lo que usted creyó que era una peca.

—Hay otra cosa. La pipa.

—¿Qué le pasa a la pipa del primer ministro?

—Puma en pipa de brezo.

—¿Qué quiere decir?

—La que tiene ahora el señor Wilson no es de brezo.

—Pero hará excepciones.

—No, señorita, no hace excepciones. Al señor Wilson le han regalado muchas pipas en el transcurso de sus viajes. En Alemania le han regalado una pipa bávara y otra tirolesa, pero nunca fumó en ellas. Sólo forman parte de su colección. También en la India le regalaron algunas pipas, hasta una de agua, indostánica. Y no le digo nada de África. Tiene toda clase de pipas, del río Kassai, del alto Ubangui, una pipa de Basoko. Hasta un ejemplar que le regalaron los esquimales durante cierto viaje en que se tuvo que detener en el norte de Noruega por avería del «jet». Lo obsequiaron con una pipa de cuerno de morsa. Pero le repito que él sólo fuma en pipas de brezo.

—¿Y dónde fuma ahora?

—En una pipa de arcilla de Broseley. Son fáciles de distinguir. La cazoleta de la pipa de Broseley está modelada en relieve, y tiene una especie de espolones que preserva a la cazoleta caliente de tocar la mesa...

—¿Y si el señor Wilson hubiese decidido cambiar su pipa de brezo por la de arcilla? ¿Supone que, como ayuda de cámara, él debió pedirle consejo?

—No, señorita y por eso le hablaré del tercer motivo.

—Adelante.

—Se trata del rui señor bastardo.

—¿El rui señor bastardo?

—Es un pájaro de reducido tamaño. Mide catorce centímetros, de los cuales seis corresponden a la cola... El señor Wilson es un especialista en esa clase de ruiseñores. Tiene seis. Posee buenos ejemplares de Europa meridional, de Asia, del Turquestán, y hasta del Norte de Asia. El señor Wilson dijo una vez que le gustaba esa especie, por su cante dulce y melancólico. Ahora los odia. En tres días han muerto cuatro ejemplares, y el señor Wilson se ha mostrado indiferente. Peor que eso, yo diría que se ha alegrado... Y el primer ministro ha hecho una cosa horrible con los huevecillos. Una de las hembras, la del Turquestán, puso cinco huevos en su nido. El señor Wilson llegó a la jaula. Creía estar solo, pero yo me encontraba regando unas plantas, un poco más lejos. Entonces, el señor Wilson abrió la jaula cogió los huevos y... —Bryce se interrumpió dramáticamente—. Los dejó caer al suelo y los aplastó con el pie... ¡Eso no lo habría hecho el señor Wilson, me refiero al auténtico señor Wilson!

Silvia se pellizcó la barbilla pensativa.

—La peca, la pipa, y el ruiseñor bastardo...

Simone se sentó en el diván poniendo sus piernas sobre el brazo del mueble, y como vestía minifalda, exhibió sus torneados muslos.

—Hay suficientes motivos para sospechar que Colin Bryce haya descubierto un complot muy interesante —dijo.

Sheyla levantó un brazo y la francesa dijo:

—Tiene la palabra nuestra doctora en Ciencias Económicas y Políticas.

La pelirroja americana dijo:

—Dentro de dos días, el señor Wilson sé va a reunir en Nueva York con los representantes de la Comunidad Británica. Esta conferencia es informal, quiero decir que no se parece a las que casi todos los años se celebran en Londres. Señor Bryce, haga un esfuerzo de memoria y díganos cuándo calcula usted que ha sido sustituido el señor Wilson por el sosias que fuma en pipa de arcilla, que aplasta huevos de ruiseñor bastardo y que no tiene peca en el muslo izquierdo.

—No lo puedo precisar, pero descubrí lo de la peca hace cinco días, cuando el señor Wilson salió del baño. Los otros descubrimientos los hice a continuación.

—¿Podemos calcular una semana?

—Sí, hace poco más o menos siete días, porque hace diez días el señor Wilson fumaba en su pipa de brezo. Estoy seguro de ello.

—¿Está el señor Wilson en Nueva York?

—Llegará mañana Yo me adelanté.

Silvia dirigió una mirada interrogativa a Simone.

La francesa dijo:

—Conocí a Colin en París hace cuatro años. Me telefoneó esta mañana citándome en la ONU. Hablé con él y decidí que valía la pena le escuchaseis.

—Colin —dijo Silvia—, vamos a admitir por un momento que el primer ministro inglés ha sido raptado. Dígame, ¿qué personas podrían estar involucradas, según usted?

—Sospecho de una mujer.

—¿A quién se refiere, Colin?

—A *lady* Katherine Brand.

—¿Quién es ella?

—La representante en Londres del Congreso de la Alianza para el Orden Perfecto. Tiene su sede central en Munich.

La morena Sofía Lizani, intervino:

—Está todo bien claro... Orden Perfecto es similar a Orden Nuevo, y fue en Munich donde empezó lo otro... ¿Qué relación hay entre *lady* Katherine Brand y el primer ministro, Colin?

—El primer ministro jamás habría recibido a una mujer como Katherine dos veces en menos de tres días.

—¿En Londres?

—Sí, en Londres, y una noche el primer ministro estuvo fuera de casa hasta las cuatro de la madrugada... Poco después de su llegada sonó el teléfono. Era *lady* Katherine Brand. Oí que el primer ministro le decía: «La reunión fue espléndida, Katherine». Eso quiso decir que estuvo con ella hasta tan tarde.

—¿Recuerda alguna otra frase que el asesino de huevos dijese por teléfono a *lady* Brand?

—Sí, el primer ministro dijo: «Todo saldrá como se ha planeado».

—¿Está seguro que dijo eso?

—Naturalmente que lo estoy.

—¿Cuándo llegará el primer ministro a Nueva York?

—Mañana a las diez de la noche.

—¿Para cuándo han sido citados los representantes de la Comunidad Británica por el primer ministro?

—Para pasado mañana a las nueve de la noche.

—¿No tiene idea del motivo de la convocatoria de esa conferencia extraordinaria?

—En absoluto.

—Simone, puedes llevarte al señor Bryce.

Colin se puso en pie.

—Simone prometió ayudarme.

—Le vamos a ayudar, Colin —dijo Silvia.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Tengo la impresión de que algo horrible se está incubando, y alguien tiene que impedir que ese hombre, quienquiera que sea, lleve a cabo sus planes.

Simone tomó del brazo a su amigo.

—Vamos, Colin.

El ayuda de cámara del primer ministro hizo una inclinación a un lado y a otro.

—Gracias por haberme escuchado.

Simone llevó a Colin Bryce y las tres mujeres guardaron silencio durante unos minutos.

Al fin, regresó la francesa, ahora sin la compañía de Colin, y dijo:

—Bien, chicas, ¿por dónde empezamos?

CAPÍTULO III

Lady Katherine Brand era pelirroja, hermosa, un fruto maduro, porque estaba por los treinta años de edad.

—*Lady Brand* —dijo el criado que había entrado en la habitación—. Una periodista solicita ser recibida.

Al mismo tiempo el criado le entregó una tarjeta.

Lady Brand leyó:

«*Silvia Windsor*, corresponsal en Europa de la agencia *Claridad Mundial*».

—Está bien, dile que pase.

Poco después, *lady Brand* sonreía a su visitante, una joven de muy buen aspecto.

—¿Qué desea, señorita *Windsor*?

—Hacerle una entrevista, *lady Brand*... He sabido que es usted la representante en Londres del Congreso de la Alianza para el Orden Perfecto. En Estados Unidos existe un gran interés por el programa económico y político de su asociación.

—Encantada, señorita *Windsor*. ¿Quiere sentarse?

—Gracias —dijo y ocupó un sillón.

—¿Quiere beber algo?

—Un *whisky*.

—Yo tomaré otro.

Lady Brand se dirigió a un bar situado en el fondo de la estancia.

Silvia vio un bolso, encima de la mesa, que hacía juego con el vestido de *lady Brand*.

Rápidamente se inclinó sobre el bolso, lo abrió y metió algo

dentro, un chelín.

Lady Brand vino con los vasos y, después de entregar uno de ellos a *Silvia*, se sentó.

Silvia bebió un trago y dejó el vaso en la mesa. Luego extrajo de su bolso un cuaderno de notas y el bolígrafo.

—¿Cuándo se fundó la Alianza para el Orden Perfecto?

—Exactamente hace cinco años.

—¿Dónde?

—En Munich.

—¿Quién es el fundador?

—En realidad no existe un fundador. Fueron varias personas de distintas nacionalidades las que se reunieron para constituir la Alianza.

—Pero imagino que algunas harían más esfuerzo que otras.

—Puede citar a un francés, Jean-Claude Imbert. A un alemán, Gunther Weidelman. A un suizo, Maximilian Sticher, y, modestamente, me puede incluir también a mi.

—¿Cuál es la cabeza visible?

—No existe una cabeza visible, si se refiere a un punto de vista físico. En realidad, el cerebro es el comité.

—¿Por quiénes está integrado el comité?

—Por las cuatro personas que le acabo de citar.

—¿Y quién es el presidente?

—Hay establecido un turno de rotación. Cada año hay un presidente.

—¿A quién le corresponde la presidencia actualmente?

—A Maximilian Sticher.

—¿Cuál es su sede central?

—Munich.

—¿Por qué eligieron esa ciudad?

—Teníamos que elegir una. Casualmente, estábamos celebrando allí nuestra reunión hace cinco años, y decidimos que la sede podía seguir ubicada en aquella ciudad...

—¿Quizá porque el alemán reside allí?

—Desde luego, Weidelman reside allí, pero ésa no fue la razón que nos decidió, sino la que le acabo de exponer. Digamos que fue por una razón de oportunidad...

—¿En qué principios políticos se basa la Alianza para el Orden

Perfecto?

—En los de la más pura democracia.

—¿Sufragio universal?

—Desde luego.

—¿Parlamento?

—Oh, sí, parlamento noblemente elegido por los ciudadanos.

—¿Monarquía? ¿República?

—Ni una ni otra.

—¿Qué quiere decir?

—La monarquía y la república son formas caducas en la política.

—¿Y por qué sistema les van a sustituir ustedes?

—Nuestro sistema se llamará, simplemente, Alianza Universal.

—¿Significará eso que proclamarán el dominio sobre la Tierra?

—En absoluto. Eso es infantil. Sólo habrá un Estado que se llamará así, Alianza Universal.

—Eso implicará un solo Gobierno.

—Acertó usted, señorita Windsor. Un Gobierno en el que estarán representados los pueblos en orden a su importancia.

—¿A qué se refiere al hablar de importancia?

—Existe una importancia industrial, una importancia agrícola, una importancia científica...

—¿Quiere decir que los países subdesarrollados no tendrán representante por carecer de importancia industrial, científica o de cualquier otro orden?

—Esos pueblos estarán sometidos a tutela.

—¿Tutela, *lady* Brand? ¿Quiere ampliarme el significado de esa palabra para ustedes?

—Los pueblos que no han evolucionado bastante desde un punto de vista del progreso, no pueden bastarse a sí mismos para gobernarse. Han de realizar un aprendizaje, bajo la fiscalización de los pueblos más adelantados...

—¿Quizá van a ser esos pueblos retrasados lacayos de los pueblos más adelantados?

Lady Brand levantó la barbilla.

—No me gustan sus palabras, señorita Windsor.

—Perdone, pero ya conoce a los americanos. Les gusta la claridad.

—Usted es inglesa.

—Sí, pero escribo para una agencia americana.

—Limítese a hablar de la tutela a que antes me he referido. Naturalmente, quizá existe una especie de servidumbre con respecto a los pueblos retrasados, pero prefiero la palabra aprendizaje que cité antes...

Silvia borró algo con el bolígrafo.

—Ya está, *lady Brand*. Será aprendizaje.

—Gracias.

—Dígame ahora, ¿con qué medios cuentan ustedes para llevar a la práctica su programa político?

—Se lo he dicho claramente antes. Aceptamos el sufragio universal. Sabemos que el camino es largo y arduo, puesto que esperamos llegar al poder por medio de la votación.

—En tal caso, primero han de triunfar en sus países respectivos.

—Desde luego.

—¿Dónde esperan triunfar primero?

—Es prematuro hablar de ello.

—¿Quizá en Alemania?

—Nunca se puede saber. Recuerde la Historia. Nadie podía imaginar en el siglo pasado que el marxismo triunfaría en Rusia antes que en ningún otro país. Es absurdo hacer pronósticos con respecto al lugar en donde han de triunfar unas ideas políticas...

—¿Qué me dice del golpe de Estado como forma de llegar?

—Si estamos dispuestos a llegar al poder por el sufragio universal, significa que rechazamos el uso de la fuerza. Además, existen otros medios... —*Lady Brand* se interrumpió.

—¿A qué otros medios se refiere?

—No es momento para hablar de ello. —*Lady Brand* consultó su reloj—. Perdona, señorita Windsor, pero tengo una cita.

Silvia guardó sus útiles de trabajo en el bolso y se levantó.

—Ha sido usted muy amable al recibirme, *lady Brand* aunque han quedado unos puntos oscuros.

—En tal caso podemos entrevistarnos otra vez.

—¿Cuándo, *lady Brand*? ¿Quizá mañana?

—Oh, no.

—¿Pasado?

—Tampoco. Tengo un trabajo muy importante que realizar... Telefonéeme la semana próxima.

—Así lo haré.

Lady Brand acompañó a Silvia hasta el vestíbulo de la casa, y allí se despidieron con un apretón de manos y una sonrisa.

CAPÍTULO IV

Lady Katherine Brand detuvo su vehículo junto a la casa cuyas paredes estaban cubiertas por enredaderas.

Un hombre de bigote blanco que se cubría con un suéter gris, le salió al encuentro.

—Bienvenida, Katherine.

—¿Cómo estás, Donald? —preguntó *lady Brand* ofreciéndole la mejilla que él besó.

—Más en forma que nunca. Entremos. Nos están esperando.

Fueron al salón-biblioteca en donde se encontraba un hombre de cabeza rapada.

—Maximilian, cuánta alegría —dijo *Lady Brand*.

Maximilian cogió las dos manos de Katherine y las apretó con efusión.

—Hemos conseguido nuestro objetivo, pequeña.

—¿Dónde está el primer ministro?

—En cierto lugar de Suiza.

—¿Vas a tener, secretos para mí? —exclamó *lady Garson* en tono quejoso.

—Katherine, ya expresé mi opinión. El lugar donde está secuestrado el primer ministro debe permanecer ignorado para toda persona que no esté relacionada directamente con el plan. Hay que evitar cualquier filtración.

—¿Dudas de mi lealtad?

—No se trata de eso, sino de meras precauciones.

Donald Morley, mayor del ejército inglés, retirado, escancié en tres copas.

—Bebed un trago de oporto y dejaréis de discutir.

El hombre de la cabeza rapada aceptó uno de los vasos y dijo:

—Brindo por Orden Perfecto, que está a punto de iniciar su gran ofensiva.

Lady Brand dio un suspiro.

—Y yo, porque los hombres responsables del Orden Perfecto, tengan más confianza en *lady Katherine Brand*.

Bebieron un trago y *Donald Morley* rió.

—*Maximilian* piensa que la mujer no ha sido destinada para la política...

—¿A pesar de mis servicios, *Maximilian*? —preguntó *lady Brand*.

El suizo tosió porque la situación era embarazosa.

—*Katherine*, tus servicios a la causa han sido inapreciables. Gracias a ti, hemos podido llevar a cabo con éxito el secuestro... Pero sigo pensando que la mujer debe limitarse a ser compañera del hombre... ¿Qué más digno que eso?... Sois nuestro apoyo, nuestro descanso, nuestro motor...

—¡Bravo! —dijo *Morley*—. *Sticher* está trazando el futuro de las mujeres en el Orden Perfecto.

—*Morley* —repuso *Maximilian* con acritud—. No me gusta ese tono festivo cuando se habla del partido.

—Perdón, señor presidente, pero usted debe conocer nuestro famoso humor inglés.

—Humor decadente.

Morley frunció el ceño.

—Eh, ¿es que se va a prohibir la risa en el Orden Perfecto?

—Ya basta, *Donald*.

—Como usted quiera.

Maximilian dejó el vaso sobre la mesa y cogió un portafolios.

—He venido aquí para trabajar, y no tengo mucho tiempo. Salgo para París dentro de dos horas.

—No comprendo —dijo *Morley*—. Yo creí que todo estaba arreglado desde que se realizó el secuestro del primer ministro y pusimos en su lugar a nuestro hombre.

—Por favor, señor *Morley*, no diga una palabra más sobre este asunto. Está completamente claro.

—¿Entonces?

—Ustedes dos tienen que encargarse de algo muy especial.

—¿A qué se refiere?

—Hay que matar a lord *Howard*.

—¿Lord Howard? ¿Por qué? No es ministro del Gobierno.

—No, no es ministro del Gobierno, pero lord Howard es el presidente del Comité de Lucha por la Paz.

—¿Cree que nos hará algún daño?

—No tengo la menor duda. Recuerden las campañas anteriores de lord Howard. Tuvo una influencia decisiva en la invasión del canal de Suez... Fue lord Howard quien se dirigió a los países neutralistas, al Vaticano, a la Prensa internacional y provocó un verdadero alud de protestas por la intervención armada en Egipto. Fue el mismo lord Howard quien intervino decisivamente para apagar la mecha en el polvorín cubano. Sin lord Howard, en La Habana se habría iniciado la tercera guerra mundial...

Maximilian Sticher hizo una pausa. Levantó un puño cerrado y prosiguió con energía:

—Lord Howard debe ser muerto antes de que nuestro hombre en Nueva York pronuncie su discurso decisivo en la conferencia extraordinaria de la Comunidad Británica... Sólo así tendrá éxito nuestro plan... Lord Howard es una figura demasiado importante en su Comité de la Lucha por la Paz. Sin lord Howard, el Comité tardará mucho tiempo en reaccionar, y por ahora no hay ni un solo miembro entre ellos que pueda remplazar a lord Howard con la autoridad suficiente para ser escuchado por hombres de Estado o personalidades de relieve...

En aquel momento se abrió la puerta bruscamente.

En el hueco apareció un hombre de mejillas hundidas y nariz aguileña. Manejaba una especie de receptor con una antena.

Del receptor salía un zumbido intermitente.

—¿Qué pasa, Rumer? —gritó Sticher—. Prohibí que se me interrumpiese...

—Señor Sticher he captado una señal y viene de esta habitación...

En el silencio que se produjo se pudo oír perfectamente el pitido del receptor.

Los ojos de Maximilian Sticher se convirtieron en rendijas. Apretó las mandíbulas dando a su rostro una dureza pétrea.

—¡Hay un traidor bajo este techo!... —gritó.

Morley se mojó los labios con la lengua.

—Imagino que no estará hablando en serio... Yo soy el dueño de

la casa.

—Sí, usted es el dueño, pero todavía no estoy muy seguro de su fidelidad a la causa.

—Eh, señor Sticher, olvida algo importante... Yo fundé un nuevo partido en Inglaterra... Y he sido la persona que puso esa organización a sus órdenes. Yo fui quien recomendé su fusión con la Alianza de Munich...

—He presenciado otras fusiones que fueron realizadas para engañar y traicionar.

Rumer, el hombre que manejaba el receptor, se había puesto nuevamente en marcha y, al avanzar hacia la mesa, la señal se hizo más clara.

—Está aquí, en algún lugar... —dijo.

Se agachó buscando por la mesa. Luego se arrodilló acercando el receptor al suelo.

Pero entonces la señal se hizo un poco más apagada.

Otra vez se incorporó y el pitido volvió a zumbir con intensidad.

El receptor casi rozaba el bolso que colgaba del brazo de *lady* Brand.

Rumer dio un tirón apoderándose del bolso y *lady* Brand se tambaleó.

—Bruto, ¿qué es lo que ha hecho? —exclamó la hermosa aristócrata.

Rumer había dejado el receptor en el suelo y abrió el bolso.

Extrajo una polvera, un lápiz de labios, un encendedor... Acercaba cada objeto al receptor y luego los arrojaba al suelo.

—¿Me quiere dar una explicación de lo que está haciendo? —gritó *lady* Brand fuera de sí.

—Cállate, Katherine —dijo Maximilian—. Rumer es un mago en la electrónica. Siempre viaja conmigo porque en el mundo en que vivimos es necesario desenmascarar a los espías, a los perros traidores...

Rumer sacó unas cuantas monedas del bolso.

Fue arrojándolas al suelo lo mismo que había hecho antes con los otros objetos.

De pronto, sostuvo una de ellas junto al receptor y sus labios esbozaron una sonrisa.

—¡Aquí está!

Sacó rápidamente una lima y aplicando el extremo en la moneda, descompuso ésta en dos trozos.

Mostró el interior de la moneda, donde había un pequeño emisor de transistores. Era de donde salía la señal.

Maximilian Sticher sacó una pistola del portafolios y, a continuación, aplicó al cañón un silenciador.

Katherine Brand y Donald Morley lo miraron con los ojos agrandados.

—¿Qué vas a hacer, Maximilian? —exclamó Katherine.

—¿Tú qué crees? —dijo Sticher, y le apuntó al estómago.

Katherine Brand agrandó los ojos.

—¡No, Maximilian!

—Ese emisor estaba en tu bolso.

—No lo puse yo ahí.

—¿No? Entonces háblame de tu cómplice.

—¿De qué cómplice?

—Las mujeres sois unas estúpidas y tú me has dado la razón. Has querido pegármela. Trabajaste para la causa, pero todo era una pantalla.

—Eh, un momento. Estás olvidando cosas muy importantes, Maximilian. Has reconocido que, sin mí, no hubieseis podido llevar a cabo el secuestro.

—Eso era la cortina de humo que necesitabas para acabar con nosotros.

—Habría sido una estúpida, una retrasada mental. ¿Cómo iba yo a poner mi empeño en el secuestro para que fuese un éxito, si luego había de traicionaros? Es absurdo. No puedo creer que me encuentres tan inconsecuente, tan falta de sentido común.

Sticher titubeó unos instantes. Luego cambió la dirección de la pistola y apuntó a Donald Morley.

—Tú has sido, Donald.

—¡No, señor Sticher!...

—Tú has introducido ese emisor en el bolso de Katherine... Debí imaginármelo. Tenía mis sospechas. Nunca pensé que obrabas de buena fe, y no tienes ninguna excusa porque, hasta ahora, tu actitud ha sido completamente pasiva...

—¡Protesto!... He puesto mi organización a sus órdenes...

—Eso fue hace mucho tiempo, y ahora tu fe en el Orden Perfecto

se ha resquebrajado, si es que alguna vez la tuviste. No, Morley, no me vas a engañar más. Tus cómplices nunca llegarán aquí para echarte una mano.

—¡Un momento, Sticher!... ¡Soy inocente!...

—Dilo en el infierno.

—¡No!

Maximilian Sticher apretó el gatillo.

Se oyó un suave estampido y Morley se tambaleó porque había recibido el impacto en el pecho. Finalmente cayó en el suelo, movió débilmente las piernas y quedó inerte.

Katherine miró el cuerpo sin vida de Donald Morley y exhaló el aire de sus pulmones.

—Ojalá no te hayas equivocado, Sticher.

Maximilian le apuntó de nuevo con la pistola.

—Confiesa. Tú y él estabais de acuerdo.

—¡Max, te prohíbo que pienses eso de mí!... ¿Es que vas a volver a empezar?

—Perdona, estoy muy nervioso...

En aquel momento otro hombre entró en la estancia. Tenía una pistola en la mano. Vio la escena que se ofrecía a sus ojos y dijo:

—Señor Sticher, hemos localizado un automóvil sospechoso. Se trata de un «Jaguar». Está tripulado por una mujer... Pero lo más curioso es que lleva consigo un receptor. Lo he visto perfectamente con mis prismáticos.

—¿Por dónde viene?

—Por la carretera Sur.

Katherine intervino:

—¿Cómo es esa mujer?

—Cabello rubio platino, veintiocho años, ojos verdes.

—¡Es Silvia Windsor!

—¿Silvia Windsor? —repitió Maximilian—. ¿Quién es?

—Una periodista que se entrevistó conmigo en mi casa de Londres poco antes que yo saliese de allí... Tengo aquí su tarjeta.

Katherine sacó del bolso la tarjeta que entregó a Sticher.

Después de examinarla, Maximilian dijo:

—Agencia Claridad Mundial... ¿Qué clase de estúpida, eres, Katherine? ¡Esta mujer es una espía!... Dime, ¿la dejaste sola en algún momento?

—No. Siempre estuve con ella. ¡Espera! Le ofrecí un vaso de *whisky*. ¡Claro! Entonces tuvo la oportunidad de introducir el emisor en el bolso... Fue ella, y tú mataste al pobre Donald.

—Probablemente los dos estaban de acuerdo.

—Sí, es posible.

—Dame tus prismáticos, Nigel.

Cuando los recibid se fue hacia el gran ventanal que había a la derecha.

—¿La ves? —preguntó Katherine.

—Sí, la estoy enfocando en este momento. Le haremos un recibimiento digno de su talento... Nigel, avisa a los demás. Esa muchacha debe ser muerta, pero antes quiero hablar con ella...

Nigel afirmó con la cabeza y echó a correr saliendo de la casa.

Maximilian levantó los prismáticos hasta enfocar de nuevo a Silvia Windsor que seguía acercándose a la casa con su «Jaguar».

—Bien, señorita Windsor —sonrió Sticher—, es usted bella, atractiva, y además ha demostrado ser eficiente, pero muy pronto va a perder todas sus cualidades..., No será bella, ni atractiva, ni eficiente, porque usted va a estar muerta, señorita Windsor.

CAPÍTULO V

Silvia Windsor detuvo su «Jaguar» entre unos árboles, y se dispuso a emitir un mensaje a Sheyla, que debía de estar a la escucha.

De pronto, oyó una voz a su espalda.

—No haga eso, muchacha, o le vuelo la cabeza.

Silvia se volvió sonriente.

Vio a un hombre de cabeza rapada, que la estaba apuntando con una metralleta.

—Perdón —dijo con su aire más ingenuo—. ¿Me metí quizá en una propiedad privada?

—Seguro.

—Entonces me marcharé en seguida.

—No se va a marchar, preciosidad.

Otro hombre apareció por la izquierda, y también manejaba metralleta.

Abrió la portezuela del coche y arrebató el receptor-emisor de las manos de Silvia.

Luego lo arrojó al suelo y lo golpeó con la culata de su arma, destrozándolo.

—Eh, no tiene derecho a hacer eso... —gritó Silvia—. ¿Qué es lo que quieren? Sólo soy una inspectora de teléfonos. Estaba verificando la línea y quería comunicar con mis jefes para decir que todo estaba en orden.

—No se canse, señorita Windsor —dijo el hombre que había aparecido en primer lugar, Rumer.

—¿Saben mi nombre?

—Sí, nosotros sabemos muchas cosas. Ahora salga del auto con las manos en la cabeza.

—Eh, oiga, no puede tratarme como a una delincuente.

—Obedezca.

—¿Son ustedes de la policía?

Rumer puso el dedo en el disparador.

—Saldré —dijo Silvia.

Puso las manos sobre la cabeza y saltó del «Jaguar».

—Protestaré por esto.

—Claro —sonrió Rumer— y yo la voy a llevar hasta la persona que tendrá mucho gusto en escucharla.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted.

—Eche a andar.

El otro hombre que manejaba la metralleta se quedó junto al auto.

—¡*Lady Brand*! —dijo Silvia—. ¡Qué sorpresa!

—Fuera máscaras, señorita Windsor.

—No la comprendo.

—Dígame, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Recuerde, soy periodista.

—Oh, sí, usted es periodista y quería saber dónde iba yo.

—No quise dar por terminada nuestra entrevista, *lady Brand*. Pensé que siguiéndola iba a adquirir una magnífica información para mi agencia.

—Ya basta. Le dije que fuera máscaras.

—Creo que la comprendo, *lady Brand*, usted se refiere a lo que descubrió en su bolso, al chelín que coloqué para seguirle la pista — la joven acompañó sus palabras con una sonrisa encantadora—. Admito que mi forma de comportarme es la más parecida a una espía, pero hoy día los periodistas tenemos derecho a utilizar los últimos adelantos técnicos.

Lady Brand fue a responder, pero se interrumpió cuando Maximilian Sticher, le hizo una imperiosa señal con la mano.

Tras una pausa, el suizo dijo:

—Señorita Windsor, he logrado muchas cosas en mi vida, y ello ha sido posible porque no me he dejado engañar por nadie.

—No le comprendo, caballero... ¿Me quiere presentar, *lady Brand*?

—El es Maximilian Sticher.

—Oh, sí, el suizo del que me habló, el actual presidente de la Alianza para el Orden Perfecto... Señor Sticher, no comprendo aún

adónde quiere ir a parar.

—Usted no es periodista.

—¿Quiere que le enseñe mi credencial?

—Una credencial se falsifica, de modo que, le voy a ahorrar esa molestia.

—No le entiendo.

—Señorita Windsor, la exijo una confesión en toda regla.

—Estoy dispuesta.

—Empiece.

—Nací en Manchester, hace veinticinco años. Mi padre era un impresor, y eso iba a jugar un papel importante a la hora de elegir mi profesión.

—No es eso lo que quiero oír, señorita Windsor —la interrumpió Maximilian.

—Usted ha hablado de una confesión.

—Sí, señorita Windsor, pero no quiero escuchar la historia de su vida desde que nació...

—Muy bien. Le ahorraré la lactancia y mis primeros dientes. ¿Le hablo del primer hombre del que me enamoré? Fue mi profesor de Literatura y...

—¡Silencio, señorita Windsor! —ordenó Sticher.

La joven dio un suspiro.

—Señor Sticher, ¿no cree que sería mejor que hiciese usted las preguntas?

—De acuerdo, ¿para quién trabaja? ¡Y no conteste que para la Agencia de Prensa Claridad Mundial!

—Es justamente la agencia que me tiene contratada.

—¡Ha agotado mi paciencia, señorita Windsor! No he querido olvidar que me encontraba en Inglaterra, el país que, supuestamente, es el último baluarte de la caballerosidad.

—¿Puedo utilizar esa frase en mi artículo?

Maximilian Sticher hizo rechinar los dientes.

—Admiro su sangre fría, señorita Windsor, y eso me demuestra que no es la persona que aparenta ser. Pero dada su actitud, me temo que no volverá a escribir un artículo.

—Protesto enérgicamente contra sus amenazas, señor Sticher.

—Voy a ir más lejos, señorita Windsor. Mis hombres la van a someter a tormento.

—¿Qué es lo que dice, señor Sticher?

—Ya lo ha oído. La someterán a tormento para arrancarle la verdad.

—No puedo decir más de lo que ya he dicho.

—Yo apuesto a que sí. Llévatela al sótano, Rumer.

La joven se enfrentó con Katherine Brand.

—*Lady Brand* —dijo—, ¿no va a impedir que cometan una barbaridad conmigo?

—Lo siento, querida, pero no está a mi alcance.

—Vamos, nena —dijo Rumer—. Te llegó la hora.

La presionó suavemente en la espalda con el cañón y Silvia no tuvo más remedio que ponerse en movimiento.

Poco después, llegaban al sótano, donde había un hombre alto, fornido, que interrumpió la lectura de un semanario de casos sangrientos.

—Aquí tienes una cliente, Edgar —dijo Rumer.

—Vaya monería.

El llamado Edgar se acercó sonriente a Silvia, midiéndola de pies a cabeza. Alargó la mano y trató de pellizcarle la barbilla, pero ella hizo un gesto arisco.

—No me toque con sus pezuñas.

—Orgullosa, ¿eh? Muy bien. Yo te bajaré los humos.

Le soltó un bofetón y Silvia retrocedió hasta la pared.

El grandullón rió jactanciosamente y se dirigió hacia Silvia, diciendo:

—Ahora estarás mucho más suave.

Silvia simuló estar muy impresionada por el golpe recibido y dejó que Edgar llegase a su lado.

Entonces le asestó un golpe de karate en la clavícula.

Edgar soltó un gruñido y se vino hacia delante.

Silvia lo estaba esperando y le golpeó otra vez, ahora en el cuello.

Edgar se derrumbó lanzando un alarido.

Silvia comprendió que aquello no había servido de nada porque Rumer se había apresurado a retroceder y la estaba apuntando con la metralleta.

—Un paso más y te mando plomo, nena.

Silvia se apoyó en la pared porque ya no podía hacer más de lo

que había hecho.

Edgar no había perdido el sentido y, poco a poco, se fue recuperando. Se levantó tambaleante, pero logró afirmar los pies en el suelo. Entonces dijo con voz cargada de ira:

—Te voy a atar a la pared, nena. Quiero ver tu espalda. Seguro que es tan linda como tu cara... Pero no quedará muy linda cuando te haya propinado una docena de latigazos.

* * *

—¡No me tocará! —exclamó Silvia.

—Rumer —repuso Edgar—, pégale un tiro en el tobillo si no obedece.

—Ya estoy listo —asintió Rumer.

—No os atreveréis a hacer eso.

—Conque no, ¿eh? —dijo Edgar—. Rumer, tú tienes la palabra.

Rumer levantó unas pulgadas la metralleta.

—Espere... —dijo Silvia—. Obedeceré.

Edgar soltó una risotada.

—Sabía que te convencería.

—No has sido tú, sino tu compañero.

—Anda, ponte de espaldas.

Silvia dio media vuelta y Edgar saltó sobre ella, y le pegó en la nuca con el puño cerrado.

Silvia se desplomó en el suelo y perdió el conocimiento.

Al despertar, sintió frío en la espalda. Sus muñecas colgaban de la pared porque la habían atado a una argolla.

Su blusa había sido rasgada por aquel bruto de Edgar.

—¿Me puedes oír ya, palomita? —Oyó la voz del verdugo.

Vio a Edgar empuñando un largo látigo, que hizo restallar en el aire.

Rumer estaban sentado al pie de la escalera. Tenía a sus pies una caja de bombones de la que cogió uno, llevandoselo a la boca.

—Edgar, quiero ver un buen espectáculo —dijo.

—Lo tendrás, Rumer. Ahora la muñeca nos va a dar una sesión de *strip-tease*.

—Me gusta el *strip-tease*, es mi deporte favorito.

Silvia apretó los dientes.

—Son tal para cual, un par de animales.

Rumer se echó a reír y un trozo de bombón le resbaló por la barbilla. Se valió del dedo para volverlo a meter en la boca.

Edgar hizo restallar otra vez el látigo.

—Bueno, nena, vamos a empezar la sesión...

—Espera un momento, Edgar —dijo Rumer.

—¿A qué tengo que esperar?

—Quizá ella quiera hablar antes de que la dejen marcada para toda su vicia.

—¿Por qué tienes que aguar la fiesta?

—El jefe quiere que la chica nos cuente por qué vino aquí, a quién representa y todo lo demás que sea de interés.

—Ya lo has visto, pequeña —dijo Edgar—. ¿Vas a hablar o no?

—No tengo nada que decir.

—Estupendo. Creí por un momento que ibas a soltarnos un discurso.

Edgar echó el brazo atrás con el látigo.

—¡Hablaré! —dijo Silvia.

—Acabas de decir que no lo harías.

—He cambiado de opinión al ver que vas a cumplir tu amenaza.

—Está bien. Di lo que sea.

—Pertenezco al Intelligence Service.

—No me digas.

—Así es. Soy el agente 22.

—Ya te equivocaste.

—¿Por qué?

—Los agentes del Intelligence Service llevan muchos ceros.

—Eso lo has visto en las películas y esto es la vida real. Repito que soy el agente 22.

Rumer intervino.

—¿Qué clase de servicio realizas?

—Trabajo en la Sección de Anti-sabotaje.

—¿Anti-sabotaje? ¿Qué quiere decir eso?

—Que he de eliminar a las personas que tratan de obstaculizar al gobierno.

—¿Y qué sabes tú de nosotros?

—Recibimos informes confidenciales de que os disponéis a jurgársela al primer ministro.

Rumer sonrió.

—Así que, según vosotros, vamos a intentar matar al primer ministro.

—Eso es.

Rumer se puso en pie.

—Edgar —dijo— dale unos cuantos latigazos mientras yo voy a hablar con el jefe.

—¡Eh, no podéis hacerme esto! —gritó Silvia—. He hablado como queráis...

—Lo siento, pequeña, pero es el jefe quien decidirá lo que se ha de hacer contigo.

Rumer subió por la escalera y desapareció.

Edgar estaba acariciando el mango del látigo.

—Bien, nena, ahora hemos quedado tú y yo solos... ¿Sabes que tienes un tipo sensacional?

—Eso se lo dirás a todas.

—Ahora te lo digo a ti.

—Eres muy amable, Edgar.

—Quiero darte muchos besos, nena, pero antes te voy a arreglar a latigazo limpio para que sepas quién es el amo.

—No es necesario que me castigues. Suéltame y te daré muchos besos.

—¿Crees que soy imbécil? Ya diste prueba de tu habilidad para el judo y el karate. Eres una chica peligrosa. Por eso necesitas una ración de jarabe de látigo... Con seis azotes tendrás bastantes para que no te puedas mover, y entonces haremos ese mano a mano entre tú y yo.

—Estaré llena de sangre.

—No me importa.

—Eres un sádico. Ahora comprendo por qué estabas leyendo el semanario de Casos. Seguro que te chupas los dedos cada vez que lees una de esas burradas.

—Sí, nena. Acertaste, me chupo hasta los dedos. Justamente, cuando tú llegaste, estaba leyendo un caso parecido a éste. Un hombre que tenía a tres mujeres en un piso de Londres y todas estaban locas por él. ¿Sabes por qué? Porque las molía a palos.

—Edgar, yo no soy de esa clase de mujeres.

—Ya lo veremos.

—Yo te querré igual, aunque no me muelas a latigazos.

—No me la vas a pegar.

Edgar se escupió en la mano derecha con la que empuñaba el mango del látigo y se dispuso a propinar el primer azote.

En ese momento se oyó una voz en lo alto de la escalera.

—Menudo pedazo de bestia está usted hecho.

Edgar se quedó asombrado al ver a una joven de cabello rojizo que manejaba una pistola con la mano derecha.

—¡Sheyla! —dijo la rubia platino—. ¡Al fin llegaste!

La pelirroja bajó la escalera sin dejar de apuntar a Edgar, el cual la miraba como si fuese un fantasma.

—Eh, ¿qué significa esto? —exclamó por fin.

—Las preguntas las hago yo, hipopótamo —repuso Sheyla—. Anda, empieza por desatar a mi amiga y date prisa o te meto una bala en las tripas para reanimarte.

Edgar dejó caer el látigo en el suelo y se apresuró a dejar libre a Silvia.

La rubia platino se frotó las muñecas para restablecer la circulación de la sangre y dijo mientras tanto:

—Edgar, hay algo muy importante que deberías, saber.

—¿Qué cosa?

—Que la mujer fue puesta en el mundo como un adorno, que la mujer debe ser tratada con mucha delicadeza, porque ella es suave, etérea, frágil.

Así diciendo, Silvia dejó caer el filo de su mano sobre el hombro de Edgar, el cual lanzó un aullido mientras retrocedía.

Chocó contra la pared y, de repente, se lanzó de cabeza sobre Silvia, pero ésta no fue sorprendida por la estratagema. Se apartó dejando pasar por su lado a Edgar, el cual rodó hasta el otro extremo de la estancia.

Silvia lo siguió rápidamente y, cuando el tipo se levantaba, lo volvió a cazar con un golpe de karate.

Edgar se desplomó estrellando la cara contra el suelo.

En ese momento oyeron pasos arriba.

La pelirroja Sheyla se volvió al tiempo que Rumer aparecía con su metralleta.

—Eh, ¿qué significa esto? —dijo el hombre de la cabeza rapada y se dispuso a utilizar el arma.

Sheyla no lo dejó.

Disparó dos veces.

Rumer dio un gran salto porque había sido atrapado en el vientre por uno de los abejorros de plomo. Luego cayó rodando escaleras abajo, hasta llegar junto a Sheyla, la cual lo detuvo con el pie.

CAPÍTULO VI

Silvia cogió la metralleta de Rumer y echó a correr escaleras arriba. Quería atrapar a Maximilian Sticher y *lady* Brand.

Sonó un estampido y una bala silbó junto a su oreja.

Se arrojó al suelo y, al quedar de bruces, mandó una ráfaga de plomo al tipo que en el vestíbulo, junto a una columna, le había hecho aquel saludo.

El fulano soltó una terrible maldición mientras daba vueltas y más vueltas atrapado por no menos de seis proyectiles.

Silvia continuó avanzando, aunque ahora lo hizo con precaución. En cualquier momento podía encontrarse con otra sorpresa y ya había sufrido varias desde su llegada a la casa.

Vio una sombra en la escalera, justo donde se bifurcaba.

Allí había un tipo escondido, pero éste no podía saber que su presencia había sido descubierta.

Silvia vigiló atentamente aquel punto, y continuó andando.

El tipo se dejó ver y él creyó que lo hacía con todas las ventajas.

Casi no tuvo tiempo para darse cuenta de que le había fallado su cálculo.

Silvia puso en marcha otra ráfaga que casi partió por la mitad al individuo.

En ese momento oyó zumbiar el motor de un coche.

Echó a correr hacia la puerta y la abrió de un tirón.

Ya era demasiado tarde. El «Rolls Royce» de *lady* Brand se alejaba a más de cien kilómetros por hora y Silvia no tuvo duda de que en el auto viajaba también Maximilian Sticher.

Dio un suspiro y regresó al sótano.

—Eh, muchacha —dijo Sheyla—. Este hombre todavía no está muerto y parece que quiere hablar.

—Hay que sacarle algo.

—¿Huyeron los pájaros del nido?

—Echaron a volar en cuanto oyeron los primeros disparos.

Rumer estaba muy mal. De su rostro había huido el color y, por segundos, sus ojos iban perdiendo el brillo.

Silvia se inclinó sobre él.

—Rumer —dijo— tu jefe te ha abandonado.

—Vete al infierno.

—Eres tú quien te vas a ir. Queremos saber qué se propone Maximilian.

—No hablaré.

—Si hablas en seguida, te llevaremos a un doctor.

—No me hace falta.

—Quizá puedas salvarte. ¿Por qué abandonar el mundo cuando es tan hermoso?

Rumer parpadeó porque las palabras de Silvia habían despertado en él una esperanza.

—No tengo salvación.

—Puedes tenerla, pero te hace falta un doctor... Te llevaremos en quince minutos al pueblo más cercano. Allí serás atendido. Dinos, ¿dónde está el primer ministro? Sabemos que ha sido raptado.

—¿Lo sabéis? —preguntó Rumer extrañado.

—Es por lo que vine aquí... ¿Dónde está el primer ministro?

—En Suiza.

—¿En qué parte de Suiza?

—No lo sé.

—Tienes que saberlo.

—No me lo dijeron. A mí me enrolaron en Ginebra... Debe estar cerca de esa ciudad... Pero no lo sé... lo juro.

—Tienes que darnos una pista. ¿A dónde se dirigía Maximilian Sticher?

—Se quedará en Londres para cumplir la segunda parte de la misión.

—¿Qué segunda parte?

—Van a matar a... —Rumer se interrumpió porque sufrió un acceso de tos. Arrojó una bocanada de sangre. Silvia lo sujetó por la cabeza.

—¿A quién van a matar, Rumer?

Rumer desorbitó los ojos y Silvia supo que para él había llegado el final.

—¿A quién van a matar...?

—A lord Howard —dijo Rumer y exhaló el poco aire que le quedaba en los pulmones.

Tras el último estertor quedó inmóvil.

Silvia dejó el cadáver en el suelo.

—Vamos, chica. Tenemos trabajo.

* * *

Richard Masters, secretario de lord Howard, era abogado y había empezado a ejercer su profesión cinco años antes.

Sin embargo, Richard se convenció pronto de que no ganaría mucho dinero como defensor.

Sus clientes eran pobres, y Masters tenía un especial instinto para luchar por las causas perdidas. La inflexible y correosa justicia inglesa no hacía el menor caso de los sentimentalismos de Masters.

Sin embargo, el joven abogado, que acababa de cumplir los veintiocho años, encontró un admirador en la dignísima persona de lord Charles Howard. Presidente del Comité de Lucha por la Paz.

Lord Howard sostuvo una conversación con el señor Masters, a la hora del té en un salón, durante una tarde neblinosa de Londres, y llegaron prontamente a un acuerdo. Masters sería el secretario particular de lord Howard, cargo que había quedado vacante, aunque hay que aclarar que fue por causa de fuerza mayor. El secretario de lord Howard había sido lapidado en Tokio por una juventud hostil.

—Señor Masters —oyó una voz.

Richard Masters levantó los ojos de la carta que escribía a uno de los miembros del Comité con residencia en la India, y se quedó muy impresionado.

Delante de su mesa vio a una rubia platino que era todo un dechado de perfecciones.

—Mi nombre es Silvia Windsor.

—Hace usted muy bien —contestó Richard examinando el fabuloso cuerpo.

—¿Cómo dice?

—Oh, perdón, quise decir que es un nombre maravilloso.

Masters tenía un defecto y era que se ponía muy nervioso con las mujeres lindas como Silvia Windsor.

Ahora lo probó una vez más. Cogió el cigarrillo que tenía en el cenicero y lo metió en el bolsillo superior de su chaqueta, y en seguida se puso la estilográfica en la boca.

—Cuidado, señor Masters —dijo Silvia—. Se va a quemar el traje.

—Caramba, es verdad... —repuso Richard y se le cayó la estilográfica.

Masters empezó a buscar el cigarrillo en el bolsillo superior, pero éste había caído muy hondo.

Del bolsillo salía humo.

Silvia cogió el jarro de agua y arrojó su contenido sobre Richard Masters.

Sólo una parte del agua cayó en el bolsillo porque la ración más grande fue recibida por Masters en la cabeza.

—Oh, perdón —dijo Silvia.

—No se preocupe —dijo Masters con la cara bañada—. Lo hace usted muy bien. ¿Lo ve? Ya apagó el cigarrillo.

Pero había ocurrido una nueva catástrofe. La pluma se había clavado en la alfombra como un cuchillo.

Silvia cogió la pluma y vio que el extremo sólo serviría como anzuelo.

Masters recibió la pluma y dijo:

—No se preocupe. Tengo otra... ¿En qué puedo serle útil?

—Soy yo quien le va a ser útil a usted, señor Masters.

Richard se quedó con la boca abierta. Demonios, las chicas de 1967 avanzaban a una velocidad meteórica.

—Puede hacer de mí todo lo que quiera porque no soy casado.

Silvia rió.

—Es usted muy atrevido para ser secretario de un Comité de Lucha por la Paz.

Masters encendió las mejillas porque no pensó ir tan lejos. En realidad, su frase fue debida a la proximidad de aquella sensacional rubia platino. Y ahora estaba pasando lo peor. Cada vez que hablaba con una seductora mujer, se le erizaba el mechón del

cabello que tenía sobre la frente. Sus compañeros de Universidad se habían reído mucho de tal acto reflejo, comparándolo con los del ruso Paulov.

—Eh, señor Masters —dijo Silvia—, también va a perder la peluca.

—No uso peluca. Es sólo una forma de reaccionar.

—Ya me hago cargo —dijo Silvia un poco burlona—. Será mejor que pasemos al asunto que me ha traído aquí, señor Masters.

—Sí, confieso que será mucho mejor.

—Van a asesinar a su jefe, señor Masters.

Nuevamente Richard Masters se quedó sin habla.

—No le he oído bien, señorita Windsor.

—Se lo diré un poco más despacio.

—Es usted muy considerada.

—¿Su jefe es lord Howard?

—Desde luego.

—Pues se va a quedar sin jefe.

De repente, Masters saltó por encima de la mesa y atrapó a Silvia por el cuello.

Los dos dieron vueltas por la alfombra.

—Eh, ¿pero qué hace usted? —gritó Silvia.

Masters había quedado encima de Silvia, sujetándola fuertemente por los brazos.

—¡No consentiré que mate a lord Howard!

—¿Pero qué dice?

—Usted misma lo ha dicho. Van a matar a lord Howard.

—Se ha equivocado. He dicho que lo iban a matar, pero no soy yo.

—Ahora está mintiendo. Confiéselo... Ya recibimos la visita de una mujer como usted... Ocurrió en Atenas hace cosa de un año... Admita que pertenece a la misma asociación que la terrorista de Macedonia... Empezó diciendo que iba a morir lord Howard. Yo corrí al despacho de lord Howard, abrí la puerta, ¿y qué fue lo que pasó...? Yo se lo diré. Aquella mujer entró detrás de mí y arrojó una bomba... Pero entonces ocurrió algo milagroso. La bomba no estalló. Había sido fabricada defectuosamente. Deme su bolso — Masters se lo arrebató de las manos.

—¡Eh, deme mi bolso! —gritó Silvia.

Masters, todavía sobre Silvia, abrió el bolso, y, tras examinar el interior, dijo con voz triunfal.

—Esta vez no es una bomba, sino una pistola.

—La pistola es mía.

—Claro que es suya, y con ella iba a cometer la mayor insensatez. ¿Cómo una mujer tan bonita como usted es capaz de mancharse las manos de sangre?

Silvia gritó indignada.

—¡No da una en el clavo!

—¡Será mejor que nos cuente la verdad y nada más que la verdad, o llamaré a la policía, señorita Windsor!

CAPÍTULO VII

—¡Quítese de encima de mí! —gritó Silvia una vez más.

—Primero cuénteme la verdad.

—¡Ya se la conté!

—Señorita Windsor, no quiero hacerle daño. Usted es una mujer y yo un hombre.

—Qué novedad.

Masters se había dado cuenta de los encantos de Silvia y estaba dispuesto a jurar ante el más alto tribunal del país a que ninguno era postizo.

—Lo que quiero decir, señorita Windsor, es que si le aprieto demasiado, usted ya me entiende, le puedo romper cualquier miembro, y palabra que no me gustaría. Yo soy un hombre pacífico.

—Oh, sí, claro. Usted trabaja en un Comité que dedica todos sus esfuerzos a evitar la guerra.

—Eso es.

—Le voy a decir una cosa muy importante, señor Masters.

—Va a confesar.

—Lo único que quiero decirle es que está perdiendo el tiempo, señor Masters... Lléveme a presencia de su jefe.

—Ni hablar.

—Después de todo, ¿qué miedo puede tener de mí, puesto que usted ya tiene la pistola?

—Oh, sí, yo tengo la pistola, pero eso no basta.

—¿Por qué no?

—Antiguamente se utilizaban la pistola, la bomba, o el cuchillo para acabar con una personalidad importante, pero hoy día han avanzando mucho las ciencias. ¿Quién me dice que no lleva camuflado en su cuerpo uno de esos diabólicos artefactos? Ya sabe,

una pildorita que hace tanto daño como una bomba de fósforo.

—Muy bien. Regístreme.

—¿Qué?

—Le he dicho que me registre.

Richard Masters sintió otra vez aquella extraña sensación, y el mechón frontal de cabello se le erizó.

—Señor Masters, ¿qué piensa hacer? —dijo Silvia.

—La voy a registrar muy hondo... quiero decir que no la voy a registrar, que no es de mi incumbencia.

—Ya me cansó, señor Masters. Apártese de mí.

—Ni hablar. No me apartaré.

Silvia apretó los labios.

—Señor Masters, si no deja que me levante tendré que hacerlo volar.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Hacerlo volar.

Richard se carcajeó.

—Señorita Windsor, la tengo bien sujeta.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

Silvia hizo un simple movimiento.

Masters salió volando como escupido por una catapulta.

Mientras iba por el aire lanzó un aullido.

Finalmente cayó sobre su mesa y de allí rodó al suelo.

Silvia se levantó asustada. No veía a Richard Masters.

—Señor Masters, ¿está ahí?

No obtuvo respuesta.

—Señor Masters, dígame que está vivo.

—Estoy vivo —dijo una voz moribunda.

La joven corrió dando la vuelta a la mesa.

Richard estaba sentado en el suelo, y de las gafas sólo le quedaba la mitad, la correspondiente al ojo derecho.

—Cuánto lo siento, señor Masters... Pero ya se lo advertí.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Puse en práctica el volteo turco.

—Pues menos mal que no se le ocurrió hacerme el chino... Eh, ¿dónde aprendió tantas cosas?

—Pura defensa personal.

—¿Para qué?

—Si se lo digo, me va a considerar como inmodesta. —Entiendo. Se miró al espejo y se encontró muy mona, y usted dijo que podía ser una bonita presa para los lobos solitarios que viven en la jungla de la ciudad.

—Yo los llamaría chacales.

—Muy bien, chacales, tigres, como usted quiera. Y por ello, aprendió defensa personal.

Silvia no había aprendido defensa personal por las razones que Richard Masters alegaba, pero no estaba en condiciones de discutir con él. Levantó la barbilla y dijo:

—Acertó, señor Masters.

Richard se puso en pie.

—¿Sabe lo que le digo, señorita Windsor? Que hizo usted muy bien. Porque si yo fuese un chacal... Oh, perdón.

—Continúe, señor Masters. No se preocupe, y si quiere terminar la frase, puede hacerlo. Se lo permito.

—Oh, sí, claro. Usted me lo permitirá, pero luego me volteará a la turca. Será mejor que guarde silencio.

—Pero ¿de qué estamos hablando? Parecemos dos tontos... Usted y yo aquí bla-bla-bla... y, mientras tanto, su jefe a punto de ser sacrificado.

—¿Quiere decir que usted no es de verdad la asesina?

—Claro que no.

—¿Y quién va a matar a lord Howard?

—Los de La Alianza para el Orden Perfecto.

—¿Esa gente?

—¿Ha oído hablar de ellos?

—Claro que he oído hablar de ellos, y no me gustan nada esos individuos.

—Me alegra oírle decir eso porque entonces dará crédito a mi información... Lléveme al lado de lord Howard. Mientras se lo explico a él, usted también se informará de los pormenores.

—Sí, ahora mismo —dijo Masters y, tomando a la joven por el brazo, la llevó hacia una puerta.

Sin embargo, sólo llegaron a dar tres pasos porque Masters se detuvo y se golpeó la frente con la palma de la otra mano.

—Dios mío, ¿cómo no me he acordado antes...? ¡Lord Howard

no está ahí dentro!

—¿Dónde está?

—Salió esta mañana de Londres.

—¿Adónde iba?

—A Manchester. Tiene que pronunciar un discurso esta noche al final de un banquete.

—Ya está claro. Seguro que es en el transcurso de ese banquete cuando han decidido matarlo.

—¡No!

—Esta mañana estuve con Maximilian Sticher, uno de los gerifaltes de la alianza para el Orden Perfecto.

¿Se da cuenta? El vino a Inglaterra para ocuparse personalmente del atentado.

—¿Qué sugiere, señorita Windsor?

—Tenemos que ponernos en camino inmediatamente. ¿Lleva guardia personal lord Howard?

—Siempre que llega a una ciudad para acudir a un acto público, le asignan un par de policías para que se cuiden de él.

—Me temo que en esta ocasión no va a servir de nada esa guardia.

—¿Por qué es tan pesimista, Silvia?

—No se trata de pesimismo, sino de realismo, Richard.

Masters descolgó el teléfono de la mesa, y se puso a marcar un número.

Al cabo de unos segundos dijo:

—¿Hotel Manion...? Póngame en comunicación con las habitaciones de lord Howard... ¿Que ya salió...? ¿Dónde es el banquete, señor Barker...? ¿No lo sabe...? ¿A qué hora...? Sí, a las siete. Gracias.

Masters colgó el receptor.

—Silvia, faltan dos horas, y ya no es cuestión de hacer llamadas. Vámonos a Manchester.

CAPÍTULO VIII

Se estaba celebrando el banquete con que la Asociación de los Hombres Pacíficos de Manchester homenajeaban a lord Howard.

Había llegado el momento de los discursos.

El presidente de la Asociación se levantó para presentar a lord Howard. Richard Masters entró en el salón en ese momento acompañado por Silvia Windsor.

—Espera aquí, Silvia. Yo hablaré a lord Howard.

Masters echó a andar pidiendo disculpas a personas que debía molestar en su camino. Algunos lo miraban extrañados.

Por fin, Masters, llegó junto a lord Howard.

—Masters, ¿qué haces aquí?

—Tiene que venir conmigo, lord Howard. Ahora mismo.

—¿De qué hablas, Masters? ¿Es que te has vuelto loco?

—Va a ser objeto de un atentado.

—Otra carta bromista, ¿eh? Te he dicho que no las tomes en serio.

—Esta vez no se trata de una carta.

—Da lo mismo si es un mensaje telefónico.

—Lord Howard, le aseguro que su vida corre peligro... Han preparado un atentado y es muy probable que aprovechen esta oportunidad. Dispararán contra usted cuando se levante. Ése será el mejor momento.

—Lo siento, Masters, pero no puedo tomar en consideración tus palabras. Estás interrumpiendo al señor Quayle...

Efectivamente, el señor Quayle, que estaba haciendo el panegírico de lord Howard, se interrumpió varias veces al ver que el huésped de honor hablaba con el recién llegado.

Masters dio un suspiro y se alejó de la mesa.

—¿Qué pasa, Richard? —le preguntó Silvia.

—Lord Howard no tomó en consideración mis palabras...

—Lo matarán.

—Hay que impedirlo.

—¿Cómo quiere que vigilemos entre los dos el salón? ¿Dónde está la guardia personal de lord Howard?

—No lo sé.

Silvia paseó la mirada por los invitados pero tuvo que desistir porque eran más de doscientos. Cualquiera de ellos podía ser el brazo ejecutor del complot, el hombre elegido por Maximilian Sticher para llevar a cabo el asesinato de lord Howard.

El señor Quayle estaba terminando su discurso de presentación. Un minuto más, y habría llegado el momento de levantarse lord Howard.

Un camarero entró con una bandeja y una jarra de agua.

Se dirigió a la mesa presidencial.

Masters corrió hacia él.

—Espere un momento.

El camarero lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Qué desea?

—¿Para quién es el agua?

—Para lord Howard.

—Sí, ¿eh? Seguro que le ha puesto veneno. ¡Usted es el asesino!

—Pero ¿de qué está hablando?

—Confiese. Quiere matar a lord Howard.

—Oiga, quienquiera que sea, usted está chiflado.

—Beba un trago de agua ahora mismo.

—El agua es para lord Howard, ya se lo he dicho.

—Me importa un rábano que sea para lord Howard. He dicho que beba.

Había tal decisión en las palabras de Masters que el camarero movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, señor, ahora bebo agua.

Se sirvió un vaso y bebió.

Masters sintió un vacío en el estómago. Había hecho el ridículo.

—Está bien. Lleve el agua a lord Howard.

—Sí, señor —dijo el camarero, cada vez más asombrado, y se apartó de Masters.

Éste regresó junto a Silvia.

—Soy un desastre como agente secreto.

Silvia hubiese reído si las circunstancias no fuese tan dramáticas.

Quayle había terminado ya su discurso, que fue recibido por una salva de aplausos.

Estalló una ovación cuando lord Howard se levantó para hacer uso de la palabra.

Silvia se puso en la piel del asesino. ¿Desde dónde se colocaría ella para matar a lord Howard?

A la derecha, indudablemente, porque estaba más cerca de la puerta.

—Quédate aquí, Richard.

Se desplazó hacia la derecha.

De pronto descubrió a un hombre entre otros cuatro, y él se distinguía de los demás porque tenía la cabeza rapada, la cara inexpresiva.

Los ojos de aquel hombre estaban fijos en la figura de lord Howard, mientras tenía la mano derecha en el bolsillo.

Silvia le golpeó con el dedo índice en el hombro y aquel tipo movió la cabeza.

—Hola, amiguito.

—¿Nos conocemos?

—Claro.

—¿De qué?

—Soy la otra enviada.

—¿A qué se refiere?

—A Maximilian.

—No conozco a ningún Maximilian.

—Maximilian Sticher.

—Oiga, se equivoca. Le repito que no conozco a ese hombre.

—El jefe ha suspendido el acto.

—¿Cómo?

—No hay ejecución.

—Sigo sin comprenderla.

—Lárguese. Yo me encargo de todo.

El hombre de la cabeza rapada titubeó.

—¿Sabe una cosa, señorita? Que debe de ir usted corriendo a un médico para que le examine la cabeza.

El hombre le dio la espalda y se alejó unos pasos.

Cuando se detuvo, estaba más cerca de la salida y continuaba con su mano metida en el bolsillo.

Masters llegó junto a Silvia.

—¿Ya lo descubriste?

—No lo sé.

—Te he visto hablar con ese tipo de la cabeza rapada.

—Pensé que era el asesino.

—¿Por qué?

—Por su cabeza rapada y por su mano en el bolsillo.

—Eh, Silvia, estoy viendo a otro tipo sospechoso.

—¿Quién es?

—El fulano regordete que está a unos cinco metros de lord Howard. También tiene la mano en el bolsillo. Será mejor que yo me acerque a él.

—De acuerdo. Yo me quedo aquí.

Masters se dirigió hacia el hombre sospechoso que acababa de descubrir.

Lord Howard había iniciado su discurso, trazando un panorama de la situación internacional.

Silvia se sintió vigilada por unos ojos. Era el hombre de la cabeza rapada con el que había hablado.

Echó a andar hacia él.

—Hola —lo saludó de nuevo.

—¿Otra vez usted?

—¿Qué lleva en el bolsillo?

—Bombones.

—Me gustan los bombones. Deme uno.

—Lárguese y no moleste.

—Uno de los nuestros también comía bombones.

—No sé a quién se refiere.

—A Burner pero al pobre ya lo mataron.

Los ojos del calvo parpadearon al oír aquellas palabras. Silvia golpeó en caliente.

—El jefe me ordenó que me llegase aquí para asegurarme de que todo salía bien. Pero tú eres sospechoso muchacho, y debes marcharte. Te repito que yo ocuparé tu lugar.

En aquel momento Silvia sintió la presión de algo duro en su

espalda.

Giró la cabeza y vio al individuo delgado, de mejillas hundidas que le sonreía.

—Quieta, nena.

—¿Qué pasa, Charlie? —preguntó Cabeza Rapada—. ¿No es ella de los nuestros?

—Ni hablar. Es una enemiga. Se metió en casa de Donald Morley y organizó una buena.

CAPÍTULO IX

Cabeza rapada sonrió satisfecho.

—Estaba a punto de convencerme.

—Ya me di cuenta. Por eso intervine —asintió el tipo de la pistola.

Silvia forzó una sonrisa.

—Ya estamos todos juntos. Va a salir todo muy bien. Acabaremos con lord Howard.

—Basta ya —dijo el llamado Charlie—. Has quedado al descubierto, muchacha.

—¿Tú crees, Charlie? —dijo ella por decir algo.

—Anda, sal conmigo.

—No quiero salir. Estoy muy interesada en escuchar el discurso de lord Howard y ver como Bola de Billar se lo carga.

El aludido, Cabeza Rapada, torció la boca.

—No quiero testigos.

—Te pone nervioso, ¿eh? No te preocupes. Yo soy como de la familia.

Charlie Sienes Hundidas le apretó más el cañón de la pistola contra la espalda.

—Bud —dijo—, dispara ya sobre lord Howard.

—¿Y la chica?

—Yo dispararé al mismo tiempo sobre la chica. Mataremos dos pájaros de un tiro.

—¡Protesto! —exclamó Silvia—. Yo no soy ningún pájaro.

—A callar, nena, o te ganas la píldora antes.

Los dos asesinos cambiaron una mirada. Cabeza Rapada hizo un gesto afirmativo y sacó la pistola del bolsillo.

Silvia no esperó más.

Movió la mano por detrás de sí, a su espalda, y le fue fácil atrapar la muñeca de Charlie. Sabía que tenía que sincronizar sus movimientos porque una simple vacilación le podía costar la vida.

Se oyó un estampido.

La pistola que se había disparado era la que manejaba Charlie.

Bud recibió el proyectil porque Silvia había desviado la pistola de Charlie para que eso ocurriese.

Bud se desplomó con la cabeza destrozada.

En los alrededores se produjo una gran conmoción.

Silvia hizo presión sobre la muñeca de Charlie, y éste rodó por el suelo después de perder el arma.

Un hombre se abalanzó sobre Silvia y la amenazó con su arma.

—Quieta, señorita.

—¿Quién es usted?

—Policía.

—Entonces, detenga a ese hombre —Silvia estaba señalando a Charlie, pero éste echó a correr y desapareció por la puerta.

Silvia fue a seguirlo, pero el policía la detuvo por la muñeca.

—Queda detenida.

—Oiga, a quien ha de detener es a ese hombre.

Masters llegó allí abriéndose paso por entre los asombrados comensales.

—¿Qué pasó, Silvia?

—Acerté. El asesino era el tipo sin pelo.

—Pues ahora se quedó sin cabeza.

—Este policía me ha impedido capturar a su cómplice.

Masters presentó su credencial.

—Inspector, soy el secretario de lord Howard. Se iba a cometer aquí un atentado. La señorita Silvia Windsor es mi amiga.

—¿Por qué no lo dijo antes? —Gruñó el policía.

El alboroto en el salón iba en aumento mientras corría la noticia de lo que había pasado. Lord Howard hacía rato que había interrumpido su discurso.

* * *

Silvia estaba otra vez en Londres, en una habitación del hotel Elliot.

Se encontraba con ella Simone Morel, la cual le había anunciado que Sheyla y Sofía estaban en Ginebra haciendo su trabajo.

Silvia había hecho un relato de su aventura con los hombres del Comité de Lucha por la Paz, lo cual sirvió para que la francesa riese mucho.

El teléfono se puso a sonar.

Silvia tomó el receptor.

Al otro lado, oyó la voz de Sheyla.

—¿Cómo van las cosas por Ginebra? —preguntó Silvia.

—Hasta ahora no hemos conseguido absolutamente nada. Parece que Maximilian Sticher ha escondido bien al primer ministro.

—¿Y Maximilian?

—No hemos podido localizarlo, nos han hablado mucho de él, pero esos informes no sirven.

—¿Cuál es su residencia habitual?

—Ya estuvimos en su casa, pero no hay nadie, y los muebles están enfundados como si hiciese mucho tiempo que no se usan.

—Eso quiere decir que ha establecido su cuartel general en otra parte.

—Ése es el problema. De todas formas, Sofía y yo no nos damos por vencidas. ¿Qué hacéis vosotras?

—Probablemente, volaremos a París en busca de Jean Claude Imbert. *Lady Brand* también ha desaparecido. ¿Qué hay de Gunther Weidelman?

—Paradero ignorado. Sofía pasó por Munich antes de llegarse a Ginebra. Le informaron que Weidelman se había marchado en viaje de negocios a

Hong-Kong,

y Macao.

—No creo que esté en

Hong-Kong

ni en Macao.

—Estamos de acuerdo contigo, pero eso fue lo que nos dijeron. ¿Qué me dices de lord Howard?

—Logré hacer fracasar el atentado, pero sirvió de muy poco. Un policía intervino y el único asesino superviviente huyó... Si hay alguna novedad, te llamaré desde París. De lo contrario, nos veremos en Ginebra.

Sheyla dijo donde se alojaba y el número de su teléfono.

Silvia colgó y en ese momento llamaron a la puerta.

Richard Masters entró con unas nuevas gafas.

Silvia presentó a la francesa.

—Lord Howard te está muy agradecido, Silvia —declaró Richard —. Quiere invitarte a comer mañana.

—Me temo que no pueda aceptar.

—Es una pena. Tendríamos oportunidad de que nos conociésemos más... Estaba preocupado por ti, Silvia. Menos mal que pusieron un policía en el corredor para cuidarte.

—¿Un policía?

—Lo acabo de ver.

—¡Al suelo! —gritó Silvia al ver que el tirador de la puerta se estaba moviendo.

Saltó sobre Masters al ver que no obedecía su orden.

Los dos rodaron por el suelo.

Simone había ido a parar a un extremo de la habitación.

La puerta terminó de abrirse y algo que echaba humo cayó en la cama. En seguida se produjo la explosión.

Richard se puso a toser.

—¡Dios mío! ¡Una bomba...! Pero ¿qué es lo que pasa aquí?

Simone ya estaba corriendo hacia el corredor, pero cuando llegó allí el terrorista había desaparecido.

Richard cogió a Silvia del brazo.

—¿Quién eres tú en realidad, Silvia?

—La mujer que trató de impedir que matasen a lord Howard.

—¡Pero ese hombre quería matarte ahora a ti!

—Sí, por venganza.

—Quisiera creerte, pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Soy un despistado, pero no un retrasado mental. Recuerda la forma en que nos conocimos. Te tumbé en el suelo, pero en el momento que te dio la gana me echaste a volar por el aire, y en el banquete de lord Howard procediste de una forma muy extraña para ser una mujer vulgar. Por si fuera poco, tu amiga francesa se ha levantado como un rayo después de la explosión y se ha ido en busca del saboteador.

Simone dio un suspiro entrando en la habitación.

—El terrorista se esfumó.

Tenía una pistola en la mano y Masters dio un suspiro.

—¿Qué sois? ¿Agentes secretos?

—Richard —dijo Silvia—. Simone y yo pertenecemos a una asociación absolutamente privada. Estamos luchando contra un grupo de gente que se ha propuesto cambiar el mundo, pero no nos gustan los medios de que se valen. Empezaron a poner en práctica su plan raptando al primer ministro inglés.

—¡Oh, no! El primer ministro está aquí, en Londres. Lo acabo de ver por la televisión.

—No has visto al primer ministro, sino a un socio, a un hombre que se le parece mucho.

Masters cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Creo que me va a dar algo, Silvia.

—Tranquilízate, Richard. Además, no debes difundir la noticia que te acabo de dar.

—Pero el gobierno debería ser informado.

—No tenemos ninguna prueba para demostrar que el primer ministro no es el primer ministro. Es por lo que Simone y yo estamos luchando. Nos enteramos de que lord Howard iba a ser asesinado, pero sólo era uno de los puntos del programa de nuestros enemigos. En fin, ya te he dicho demasiado. Simone y yo nos tenemos que marchar antes de que llegue la policía. Nos interrogarían y perderíamos demasiado tiempo.

—¿Adónde vais?

—A París.

Cuando Richard logró reaccionar las dos jóvenes ya habían salido de la habitación en donde había hecho la explosión la bomba.

CAPÍTULO X

Jean-Claude Imbert frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era un hombre elegante con cara de granuja, una cara que gustaba mucho a las mujeres, el cabello negro, rizado, la boca corta, de labios carnosos, la barbilla con un hoyito en el centro.

Jean-Claude tenía un gran éxito entre las damas, y para él no había diferencia entre suecas, francesas o rusas. Se contaba que había estado en Oriente y también hizo estragos entre las coreanas, porque fue precisamente en Seúl donde operó durante tres meses.

Ahora estaba dedicado a besar la orejita de una alemana llamada Elke, una rubia de movimientos felinos, labios sensuales y ojos verdes.

Elke era un regalo que le había enviado Maximilian Sticher.

—Querido, eres maravilloso.

—¿Verdad que lo soy? —repuso Jean-Claude con suficiencia—. Pero tú no te quedas atrás.

Se abrió la puerta y apareció una doncella empujando una mesa rodante.

—La cena, señor Imbert.

—Yo no he pedido la cena.

—Eso le puede dar la idea del buen servicio que hay en este hotel. Usted piensa que necesita la cena y ya está aquí la cena.

La doncella no era tal doncella, sino Silvia Windsor.

Jean-Claude la miró con el ceño fruncido.

—Eh, chica, no te vi antes.

—Yo estaba de servicio en la otra planta, pero me mandaron aquí para sustituir a mi amiga Monique que está enferma.

—Pero tú no eres francesa.

—No, soy inglesa.

—¿Cómo te llamas?

—Deborah.

—... Demonios, no sabía que tuviesen aquí doncellas tan estupendas.

Elke le tiró de la oreja.

—Eh, Jean, que estoy aquí.

—Sí, ya sé que estás ahí. ¿Qué traes para cenar, Deborah?

—De primer plato, huevos fritos.

—¿Y de segundo?

—Tortilla.

—No me digas que el postre es pastel de yema.

—¿Cómo lo adivinó?

—Está bien. Eres muy servicial. Te has ganado una buena propina.

Jean-Claude se movió hacia su chaqueta, que estaba colocada en el respaldo de una silla.

Silvia lo siguió y, cuando Jean-Claude se agachaba para meter la mano en el bolsillo, le pegó un golpe en el cuello.

El francés se desplomó en el suelo sin conocimiento.

Elke saltó del diván y ahora parecía más que nunca un animal felino.

—Maldita, me lo has estropeado.

La intervención de Silvia había sido muy oportuna ya que Jean-Claude no había sacado del bolsillo de su chaqueta dinero para darle una propina, sino una pistola.

Elke echó a correr hacia Silvia con las zarpas levantadas.

Silvia se dejó caer en el suelo cuando ya había atrapado a Elke por la muñeca. Luego le aplicó el pie en el vientre.

La alemana aulló mientras surcaba el aire, y finalmente cayó sobre una silla que convirtió en escombros.

Silvia se levantó sacudiéndose la falda.

La alemana la miró con los ojos en blanco y finalmente se derrumbó.

Silvia tomó una jarra de agua que había traído en la mesa rodante y la volcó sobre la cabeza de Jean-Claude, el cual despertó soltando maldiciones en francés.

—Oh, ¿eres tú, Deborah?

—Me di cuenta de que me descubriste. Así que no me llames

Deborah.

—No sé de qué me hablas.

Jean-Claude se abalanzó sobre la pistola, pero Silvia pegó un puntapié al arma enviándola a la otra parte de la estancia.

Jean-Claude se levantó del suelo y se sujetó la cabeza con las manos.

—Dios mío, necesito un doctor.

—Yo soy doctora.

—¿En qué quedamos? ¿No eres la doncella?

—Deja de decir tonterías. Sabes perfectamente quién soy. Creí que te podría engañar, pero vi en tus ojos que me identificaron. Eso quiere decir que, durante las últimas horas, entraste en contacto con tus amigos.

—He hablado con unos cuantos amigos, ¿a quiénes te refieres?

—A Maximilian Sticher, a *lady* Katherine Brand, a Gunther Weidelman...

—¿Quiénes son?

—¿Necesitas que te dé otro golpe?

—Muchacha, no estás hablando en serio.

—Mira a tu compañera.

Jean-Claude miró a Elke y dijo:

—Eh, parece que le haya pasado un tren por encima.

—Lo mismo quedarás tú.

Jean-Claude sonrió con su sonrisa conquistadora de mujeres difíciles.

—¿Sabes que eres una preciosidad? Tus manos han sido hechas para acariciar y no para pegar.

Se puso en pie y se acercó a Silvia andando muy lentamente.

—Silvia, ¿por qué tardaste tanto tiempo en entrar en mi vida?

Silvia sintió los efectos del efluvio magnético. Demonios, aquel hombre era realmente lo que le habían dicho, un farsante encantador.

—Nena, eres la criatura más preciosa que encontré hasta ahora en los cinco continentes.

La abarcó por la cintura y, antes de que Silvia pudiese darse cuenta, la besó en la boca.

Silvia no tuvo ninguna duda de que aquel hombre era un fenómeno en el arte de besar a una mujer.

Jean-Claude conocía su influencia casi hipnótica con las mujeres. Había vencido una vez más. Ahora la rubia platino, que según Maximilian Sticher había sido tan peligrosa, sería como arcilla en sus manos.

Retiró su boca de la de ella.

—Querido, eres maravilloso —dijo Silvia.

—¿Verdad que sí? Pero tú no te quedas atrás.

Silvia había repetido la frase de Elke, que había oído a través de la puerta, y él cometió su error al contestarle de la misma forma.

Jean-Claude la besó otra vez.

Entonces ocurrió algo inaudito que no le había pasado antes con una mujer.

Ella saltó a un lado, lo atrapó por el cuello y le dio impulso.

Jean-Claude echó a correr a una velocidad endiablada y embistió la cabeza contra la pared.

Por un momento pareció que la pared se iba a venir abajo, pero resistió el encontronazo y Jean-Claude se tambaleó, puso los ojos bizcos y cayó en el suelo.

Silvia corrió a su lado y le golpeó en las mejillas para devolverlo al mundo de los vivos.

—Silvia —murmuró Imbert—. ¿Es ésta tu forma de hacer el amor?

—Tú no me estabas haciendo el amor. Sólo tratabas de conquistarme.

—¿Es que no es lo mismo?

—Vine aquí para sonsacarte y tú has querido que yo jugase en tu equipo.

—Es lo mejor.

—No comprendo cómo un hombre con tantas posibilidades con las mujeres se ha vendido a una gentuza como la de Maximilian Sticher.

—Me pagaron bien.

—De modo que eres un mercenario.

—Sí, pero yo también soy honrado.

—¿Dónde está tu honradez?

—Podría haberme casado con una mujer podrida de dinero, pero no lo he hecho. ¿Por qué? Porque he estado esperando que llegase a mi lado una mujer como tú, Silvia. Admito que he sido una víctima

de Maximilian Sticher... Quiero decir que yo no comparto sus ideas.

—Cuéntaselo a tu tía.

—Se lo contaría si viviese. La única que tuve se murió cuando yo era muy pequeñito.

—Basta de bromas.

—Te quiero, Silvia... Te quiero.

—¿Dónde está el primer ministro?

—He leído en la Prensa que Pompidou estaba en Roma.

—No me refería a Pompidou, sino al primer ministro inglés.

—Oh, sí, también leí que el primer ministro inglés se disponía a marchar a Nueva York.

—Estás poniendo las cosas muy difíciles, y eso va a ser muy malo para ti, Jean. ¿Quieres que te deshaga la cara?

—No me gustaría. Es con lo que me gano la vida.

—Pues tendrás que pensar en trabajar si no me ayudas... Y para que no contestes más tonterías, te voy a exponer lo que sé —Silvia hizo una pausa—. Primero: el primer ministro inglés fue raptado. Segundo: alguien ocupó su lugar... Tercero: el primer ministro está prisionero en algún lugar de Suiza, probablemente cerca de Ginebra.

—Yo no sé nada de eso.

—Conque no, ¿eh?

—Te juro que es un galimatías para mí.

—Lo siento por ti, pero vas a dejar de ser un buen mozo. Ya ninguna mujer volverá la cabeza al verte pasar. Tampoco ninguna de ellas volverá a silbar cuando te vean en la piscina.

Jean-Claude sonrió satisfecho.

—Aunque está mal decirlo, cuando yo entro en una piscina, parece una canariera.

Creyó que Silvia estaba distraída y la atrapó por el tobillo y tiró.

La joven se derrumbó.

Jean-Claude se echó sobre ella al mismo tiempo que brotaba de su garganta un grito de triunfo.

—Ahora te enseñaré quien es Jean-Claude Imbert, pequeña. Cuando castigo, castigo de veras.

Silvia dejó que Imbert se le echase encima porque eso le convenía, y le disparó la rodilla.

Imbert recibió el golpe en el estómago y quedó convertido en

escayola.

Luego, Silvia le pegó un izquierdazo en la mandíbula.

Jean-Claude salió despedido y dio dos vueltas de campana antes de quedar de bruces.

Silvia se puso nuevamente en pie y dijo:

—¿Tienes bastante o necesitas que te convierta en una piltrafa?

* * *

Jean-Claude gimió:

—Pero ¿qué clase de mujer eres tú? Pareces una amazona, una de aquellas mujeres que luchaban contra los hombres.

—Hay que ser amazona en nuestro tiempo para enfrentarse con tipos como tú y como Maximilian Sticher.

Jean-Claude había recibido un duro castigo.

—Te voy a dar la sorpresa, nena.

—Ya me has dado muchas y no te conviene.

—No sé dónde está el primer ministro.

—Eso no lo puedo creer. Tú eres uno de los gerifaltes, uno de los que componen el comité de vuestro partido. No puede ser un secreto para ti el lugar donde está escondido un personaje tan importante.

—¡Lo creas o no, lo ignoro!

—Voy a suponer por un momento que me dices la verdad.

—Gracias.

—¿Qué os habéis propuesto con el secuestro?

—También lo ignoro.

—Jean-Claude, sigues un mal camino. Pobre muchacho.

—Eh, no intentes ponerme la mano encima. Costé mucho de criar a mi madre.

—Sí, y le salió un ejemplar muy guapo.

—Debería oírte ella... La pobre ha sufrido mucho durante los últimos años. Está paralítica, en un sillón de ruedas.

—No sigas por ahí.

—Creí que te interesaría la historia de mi madre. ¿Es que no tienes corazón, Silvia?

—Eres el tipo más embustero con el que me he tenido que relacionar. Y entérate de una vez que tus procedimientos no sirven

conmigo.

—Sirvió antes. No me digas que no te gustó mi beso.

—No estuvo mal.

—Tengo otra ración para ti.

—Guárdala. Conmigo sólo conseguirás desperdiciarla...

De repente oyó una voz.

—Ahora me toca a mí, inglesita del infierno.

Era Elke, que estaba de rodillas y manejaba la pistola que había pertenecido a Jean-Claude.

Silvia hizo un gesto de rabia. Después de todo, Jean-Claude había logrado su objetivo, aunque de forma indirecta.

—Bravo, Elke —exclamó el francés—. Sabía que me echarías una mano en cuanto te recuperases. Por eso la estaba entreteniéndolo.

—Miró sonriente a Silvia—. No eres tan lista como crees, ricura.

—Sí, soy una estúpida.

—Pero eres muy mona, ¿sabes?

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Es cierto que Maximilian me advirtió contra ti. Por eso, cuando llegaste disfrazada de doncellita, me preparé para darte tu merecido.

—Plomo.

—Sí, cariño. Plomo con silenciador.

—Lo prefiero con un poco de vinagre.

—Como los pepinillos, ¿eh?

—Sí, y con mostaza.

—Eres un chica muy divertida, Silvia. Ahora comprendo por qué se las pusistes tan duras a nuestros amigos de Londres. Le advertí a Maximilian que conmigo fracasarías y he cumplido mi palabra.

—Enhorabuena.

—Te la acepto porque el trabajo lo merece.

Jean-Claude dio unos pasos hacia la chaqueta, indudablemente quería coger el silenciador.

Silvia pegó una patada a la silla que rodó por el suelo.

Elke gritó:

—¡Te voy a meter una bala en las tripas aunque no tenga silenciador!

—Un momento, Elke... —dijo Jean-Claude.

—¿Es que la vas a defender?

—No, claro que no. Pero quiero hacer las cosas bien hechas, sin escándalo. Yo mismo te daré el silenciador.

Jean-Claude cometió un error al dirigirse hacia la chaqueta.

Silvia aprovechó aquel momento para saltar sobre él.

Elke no pudo contenerse e hizo fuego.

Jean-Claude soltó un grito porque la bala le había agujereado un pulmón, el izquierdo.

Elke se quedó asombrada al ver el resultado de su disparo, y Silvia aprovechó aquella fracción de segundo para caer sobre ella.

Le bastó una llave de judo para mandar a la alemana hacia el lecho, pero antes le había obligado a soltar la pistola. Para evitarse otra sorpresa atrapó el arma y se acercó a Jean-Claude, por cuyos labios escapaba un chorro de sangre.

—Te lo advertí, Jean.

—Eres un hueso duro de roer, muchacha.

—Debiste ayudarme. Pero puedes hacerlo ahora.

—Y un infierno —dijo Imbert, y se murió.

Silvia miró a Elke, cuyo rostro tenía ahora el color de marfil viejo.

—Elke, te toca a ti.

—No te atreverás a disparar contra mí.

—Si no me dejas otro remedio, apretaré el gatillo.

—¡No dispaes! ¡Te lo diré todo!

—¿Dónde está el primer ministro?

—No sé nada de eso, pero te puedo dar una pista.

—Está bien. Habla.

—Yo tenía que viajar con Jean-Claude a Ginebra.

—¿Cuándo ibais a salir?

—Dentro de una hora.

—¿Adónde habríais ido, una vez llegados a Ginebra?

—No sé cómo se llama el pueblo, sólo conozco el nombre de la casa.

—Dímelo.

—Villa Frontiére.

—¿Dónde está eso?

—No me lo dijeron.

—Te vas a ganar la píldora.

—Estoy diciendo la verdad. Jean-Claude iba a venir conmigo. El

sabía donde estaba Villa Frontière... Lo siento, no puedo ayudarte.

De pronto, golpearon en la puerta.

—Eh, ¿qué ha sucedido ahí? —gritó el hombre.

Elke se movió hacia la puerta para abrir.

—No des un paso más —dijo Silvia.

—Debe ser un empleado del hotel.

—Claro y a ti te conviene abrir para que me sorprendan con la pistola en la mano. Te será fácil decir que yo maté a Jean-Claude... Anda vuélvete de espaldas, listilla.

Elke se volvió de espaldas, y Silvia le pegó suavemente en la nuca.

La alemana cayó desvanecida.

Silvia sólo tuvo que poner la pistola en la mano de Elke y entonces escapó por la ventana.

Poseía una gran agilidad y no sufría de vértigo.

Arrimada a la fachada, recorrió unos diez metros y entró por una ventana que estaba abierta en otra habitación del hotel.

Un hombre gordo hacía gimnasia en paños menores. Estaba inclinado hacia delante tratando de tocarse los pies con las manos, y le costaba mucho trabajo. Pero hizo trampa y logró tocarse.

—Eso no se hace —dijo Silvia pasando por su lado, camino de la puerta.

El fulano se quedó con la boca abierta mirando a Silvia, y de pronto corrió hacia la cama y se tiró de cabeza cubriéndose con la colcha.

Silvia salió al corredor y, tranquilamente, bajó en uno de los ascensores.

Simone la estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Y Jean-Claude?

—Muerto —dijo Silvia y, a continuación, le contó su aventura en la habitación del francés galante.

—Caramba, ese tipo debió ser una especie de Rasputín —comentó Simone.

—Algo más que eso —Silvia dio un suspiro—. ¡Cómo besaba...!

—Lástima que quisiese jugar sucio.

—Sí, todos los que son como él y quieren aprovecharse del prójimo, hacen su mejor papel en el infierno.

—Pues allí las chicas lo van a pasar bomba con él.

—Te prohíbo que hagas esa clase de comentarios. Son corrosivos, Simone.

Media hora más tarde, las dos jóvenes tomaban un avión que se dirigía a Ginebra.

CAPÍTULO XI

Silvia estaba consultando un mapa de Ginebra y sus alrededores, inclinada sobre la mesa.

Simone, tendida en un diván, bebía un cubalibre, sorbiendo con una pajita.

Se oyó el zumbido y Silvia manipuló un receptor.

—S-1 al habla... Adelante

S-3.

—Sin novedad en este sector. No he encontrado Villa Frontière. Pregunté dando la descripción de Maximilian Sticher y seguí un par de pistas, pero las dos resultaron falsas. Continúo mi trabajo... ¿Alguna novedad?

—Nada,

S-3.

Corto y fuera.

—Eh, Silvia —dijo Simone en un murmullo.

—¿Qué pasa?

Simone le estaba señalando la puerta cuyo tirador se estaba moviendo.

—No, esta vez no quiero una bomba —dijo Silvia y movióse descalza hacia la puerta.

Ésta se abrió y Silvia saltó al hueco a ciegas y tiró del hombre que estaba allí.

Un cuerpo cruzó la estancia de parte a parte mientras lanzaba un aullido, que interrumpió al caer sobre un sillón y rebotar en el suelo.

Entonces, Silvia se dio cuenta que se trataba de Richard Masters. El secretario de lord Howard se había vuelto a romper las gafas.

—Silvia, por favor, deja de comer vitaminas...

—¿Por qué querías entrar sin llamar?

—Para darte una sorpresa, Pero resulta que me la diste tú a mí.

—¿Qué haces en Ginebra, Richard?

—Vine a ayudarte. Sí, puedes reírte todo lo que quieras. Ésa fue mi intención. Echarte una mano.

—¿Cómo diste con nosotras?

—Tú me dejaste tu dirección.

—Eso sí que no puedo creerlo.

—Cuando tu amiga te telefoneó escribiste en un papel. Yo no trabajo en el contraespionaje, pero he visto lo que hacen en las películas... Emborroneé un papel del dietario y salió a relucir un nombre, hotel Acteon... Ya no había otra dificultad, puesto que sabía que te dirigías a Ginebra... ¿Alguna otra pregunta?

—No. Sólo un consejo.

—Imagino cuál es. Que me compre gafas de hierro.

Ahora Silvia y Simone se echaron a reír.

—No, Richard —contestó la rubia platino—. No era eso.

—¿Cuál es entonces?

—Que cuando entres en un sitio donde yo esté, llames a la puerta.

—Descuida. ¿Crees que lo podré olvidar? Ahora, cambiando de tema, ¿has localizado a Maximilian Sticher?

—No.

—¿Tampoco sabes nada del primer ministro?

—No tenemos la menor noticia.

—Demonios, pues entonces la hecatombe será inevitable.

—¿Qué hecatombe?

—Bueno, tampoco yo tengo idea de cuál pueda ser. Pero si esas personas se han tomado la molestia de raptar al primer ministro y cambiarlo por un sosias que se dispone a soltar un discurso ante los miembros de la Comunidad Británica, hay que llegar a la conclusión de que cometerán una fechoría bastante grave.

Hubo un silencio y Silvia movió la cabeza diciendo:

—Sí, Richard, lo malo es que tienes razón.

* * *

Maximilian Sticher dijo:

—Nuestro hombre en Nueva York, el que suplanta al primer ministro, va a pronunciar un hermoso discurso a los representantes de la Comunidad, Gunther.

Gunther Weidelman había cumplido los cincuenta años. En la Segunda Guerra Mundial, fue comandante de las S. S. y durante dieciséis meses intervino en el plan de Hitler para limpiar de judíos parte del globo terráqueo. Weidelman calculaba que, gracias a él, la raza de Moisés había perdido a no menos de trescientos mil de sus congéneres. Y no fueron más porque no lo dejaron actuar a su modo, ya que, después de pasarse muchas noches estudiando el problema, se le ocurrió una solución mucho más expeditiva que la cámara de gas, servir agua envenenada.

—¿Qué es lo que va a decir concretamente, Maximilian? —preguntó.

—Que Inglaterra romperá todos sus lazos con Estados Unidos.

—Eso no basta.

—Producirá una conmoción en todo el mundo Occidental.

—¡Repito que no basta! —exclamó Weidelman—. Hay que aprovechar la oportunidad que se nos presenta. El supuesto primer ministro debe decir algo mucho más importante.

—¿Qué cosa, por ejemplo?

—Que Inglaterra se va a convertir en república.

—Eso es absurdo.

—La Corona Británica es el lazo entre los países de la Comunidad, y si ese lazo se rompe, el mundo inglés se vendrá abajo, y se derrumbará justamente por donde nos conviene.

—¿A qué te refieres?

—A la libra esterlina... Convéncete, Max, a los países se les ataca por la economía —los ojos de Weidelman se congestionaron—. Resquebraja la economía de un país y habrás dado el paso más importante para la revolución. Hay estúpido que cree que, desde el año 1945, la Gran Bretaña está reducida a las Islas Británicas, pero tú y yo sabemos que eso no es verdad. Existen en Londres grandes compañías financieras que tienen asentados sus pies en todas las partes del mundo. Ellas serán las primeras que pondrán el grito en el cielo cuando empiecen a hundirse, y sólo se hundirán con una declaración definitiva de su primer ministro, una declaración que será su ruina.

—Estás demasiado excitado, Gunther.

—He puesto el dedo en la llaga.

—Yo soy el jefe, y ya decidí lo que hay que hacer.

—Formamos un Comité y exijo una votación.

—La votación ya tuvo lugar.

—Yo no estaba presente.

—Jean-Claude y *lady* Brand votaron como yo. Eramos tres votos afirmativos. Aunque hubieses estado presente y tu opinión fuese contraria a la nuestra, habríamos ganado la votación por tres a uno. Por ello no era necesaria tu presencia.

—No reconozco la votación.

—¿Crees que vas a ganar si se repite de nuevo?

—Jean-Claude Imbert está muerto.

—Pero queda *lady* Brand, y ella votará conmigo.

—Piensas eso porque es tu amante.

—No existen las relaciones personales, a la hora de votar.

—¡Protesto!

—Puedes protestar todo lo que quieras.

Weidelman se puso en pie de un salto.

—Uso de mi derecho para pedir una reunión del Comité.

—Muy bien. Desde este momento queda convocado para las tres de la tarde.

—¿Dónde?

—En esta habitación.

—No faltaré —dijo Weidelman y salió de la estancia.

Maximilian miró la puerta que se había cerrado tras Weidelman y sonrió.

Gunther Weidelman era un buen elemento, pero a veces parecía un niño pequeño que se encaprichaba con una idea como con un juguete. Aquellos alemanes nazis no habían sabido hacer las cosas, y tampoco sacaban provecho de la lección que les había dado la historia un cuarto de siglo antes... Pero él la había sacado. Tenía sangre alemana en las venas... pero estaba mezclada, ya que si su padre era de origen alemán, su madre era eslava. Quizá por eso su mente era más flexible. No se debía cometer dos veces el mismo error. Eso era muy importante.

La llegada de *lady* Katherine interrumpió sus pensamientos.

La mujer estaba muy hermosa con un vestido verde musgo, los

brazos desnudos.

—Querida, estás resplandeciente.

Katherine lo besó en los labios y dijo:

—Acabo de cruzarme con Gunther en el corredor y parecía enfadado.

—Tiene sus motivos. Está contra nosotros.

—¿En qué sentido?

—Considera que nuestro hombre en Nueva York, cuando se dirija a los representantes de la Comunidad Británica, no debe de limitarse a decir que Inglaterra romperá las alianzas y tratados con Estados Unidos. Quiere que agregue algo más, que Inglaterra se convierte en una república.

—¿Y no consideras interesante la sugerencia de Gunther?

Maximiliano frunció el ceño.

—Espero que no hables en serio. Tú eres inglesa y sabes que eso no se puede hacer.

—¿Por qué?

—Yo te lo diré. Si el primer ministro declarase que Inglaterra abandona su monarquía secular, lo harán examinar por un siquiatra. Por el contrario, romper los tratados con Estados Unidos no es nada grave. Ya Francia lo hizo antes. Pero nosotros conseguiremos nuestro objetivo... Preparar nuestra llegada al poder... A propósito de eso, ¿cuándo llega nuestro visitante?

—Dentro de veinte minutos.

—¿Crees que lord Gerard Sorme es el hombre que necesitamos?

—Ya te he dicho que es el mejor. Durante la Segunda Guerra Mundial se encerró en su casa porque consideró un suicidio luchar contra Alemania. Fue encarcelado dos veces, y la segunda vez estuvo a punto de ser ajusticiado por traidor. Un periódico lo acusó de estar de acuerdo con los alemanes en el asunto de las

V-2.

Se supuso que, gracias a lord Sorme, llegaban los

V-2

a sus objetivos, y que él había planeado la ofensiva. Por fortuna, no se presentaron pruebas concluyentes. Después de la guerra transcurrieron unos años antes de que lo dejaran en libertad.

—Y me has dicho que lord Sorme no se ha metido en política.

—No, y ha sido olvidado.

—Parece el personaje que nos hace falta para hacerse cargo del poder cuando Inglaterra se resquebraje.

—Es muy susceptible. Se considera un hombre importante, una especie de enviado del cielo.

—No te preocupes. Sabré tratarlo. Le daré un título que halagará su ego. ¿Qué te parece el de Super-Presidente en las Islas Británicas del Orden Perfecto?

—Demasiado largo.

—Muy bien. Lo recortaremos. Y me hará un favor, porque si tengo que darle el título por escrito, me va a secar la pluma estilográfica.

—¿Dónde está el primer ministro?

—En sitio seguro.

—¿No me lo vas a decir? ¿Crees que te traicionaré?

Maximilian cogió por los brazos a Katherine.

—Si te creyese capaz de traicionarme, te cortaría en rodajas, Katherine.

Ella le besó en la comisura de la boca.

—Entonces, ¿qué mal hay en que yo sepa dónde está el primer ministro?

—Está en el sótano. En una de las celdas.

—¿Has hablado con él?

—Sí. He sostenido un par de conversaciones.

—¿Qué dice?

—Es un ingenuo. Dice que no conseguiré nada. Que nadie creerá que él pueda cometer esa barbaridad de romper la alianza con Estados Unidos.

—¿Y si tuviese razón?

—Nuestro hombre está bien aleccionado. Sabrá guardar las apariencias, y muchos de los representantes de la Comunidad Británica tienen muy pocas simpatías por Estados Unidos. Estoy seguro de que la mayoría de los representantes se precipitarán a felicitar al primer ministro por su maravillosa decisión.

—Quiero descansar un poco antes de que llegue lord Sorme.

Katherine besó otra vez a Maximilian en los labios y salió de la habitación.

Pero no se dirigió a la suya, que estaba al final del corredor, sino que abrió la puerta anterior, que correspondía al dormitorio de

Gunther Weidelman.

El alemán estaba de pie, en el centro de la estancia.

Katherine llegó a su lado y se echó en sus brazos.

Los dos se besaron con pasión.

De pronto, Gunther le puso los brazos en el cuello.

—Te debería estrangular, Katherine.

—¿Por qué?

—Me has traicionado con Maximilian.

—Tú sabes la relación que existe entre él y yo. Lo sabías cuando me enamoré de ti. ¿Por qué me dices eso ahora?

—No me refería a vuestras relaciones personales, sino al Orden Perfecto. Has votado con él para que el primer ministro haga una estúpida declaración rompiendo los tratados con Estados Unidos. He pedido que Maximilian convoque el comité para otra votación. Katherine, quiero que votes en mi favor.

—No puedo. Tengo miedo a Maximilian. Me mataría y también te mataría a ti.

—¿Y si se cambiasen los papeles y fuese yo el que lo matase a él?

—No puedes hacer eso, Gunther... Maximilian tiene las riendas en sus manos. El conoce a todos nuestros colaboradores en Europa y América.

—Yo también los conozco.

—¿Cómo?

—¿Qué crees que he hecho durante los últimos tres meses?

—¿Te has entrevistado con ellos?

—Sí, querida. He aprovechado bien el tiempo, mientras Maximilian preparaba el secuestro del primer ministro. He conocido personalmente a nuestros colaboradores y los he aleccionado para nuestra causa. La mayoría de ellos tienen ideas muy parecidas a las mías.

—¿Te has atrevido a exponerles tu doctrina contraria a la de Sticher?

—En realidad no es contraria. Sólo se diferencia en un aspecto. Sticher va muy despacio y yo quiero ir muy aprisa. Con el rapto del primer ministro, podemos apretar el acelerador hasta el fondo. Es una oportunidad que debemos aprovechar, y si Maximilian está en contra el interés general del Orden Perfecto, debe ser liquidado.

Katherine retrocedió asustada.

—Tengo miedo, Gunther. Si fallase, Max no me lo perdonaría.

—No te preocupes, cariño. Sabré jugar bien mis naipes.

—¿Y si te equivocases?

—Tomaré las medidas para que eso no llegue a ocurrir.

Weidelman dio unos pasos hacia Katherine y la abarcó por la cintura.

—Katherine, debes votar conmigo. Lo demás corre de mi cuenta.

—De acuerdo.

—¿Lo prometes?

—Prometido.

La boca de Gunther Weidelman se ensanchó en una sonrisa triunfal.

—Tú y yo juntos llegaremos a lo más alto, Katherine. A la cumbre del mundo.

CAPÍTULO XII

Richard Masters estaba bebiendo un café ante la barra del bar.

Había acordado con Silvia que se reuniría allí quince minutos más tarde. Irían a pasear por las cercanías del lago. Todo sería muy romántico.

De repente, vio a un hombre y su corazón le dio un vuelco.

Aquel tipo era Charlie, el individuo que amenazó a Silvia.

Charlie se había sentado en un taburete. Le acompañaba una joven morena, de nariz respingona.

Richard decidió ir a la cabina telefónica.

Marcó el número del hotel y pidió que le pusiesen en comunicación con la habitación de Silvia Windsor.

Identificó la voz de Simone.

—¿Quién llama?

—Soy Richard, Simone. Quiero hablar con Silvia.

—Ya salió. Dijo que se iba a reunir contigo.

En ese momento se abrió la puerta de la cabina y Richard dio un respingo. Charlie le estaba apuntando con una pistola.

—Cuelgue inmediatamente —ordenó el hombre al servicio de la Alianza del Orden Perfecto.

Richard titubeó un instante, pero colgó al ver que Charlie arqueaba el dedo en el gatillo.

—Eh, ¿qué quiere usted?

—¿Con quién estaba hablando?

—Con un amigo... Se llama Fred... Cuando vengo a Suiza nos reunimos...

—¿De veras?

—Siempre corremos una juerga juntos. Ya sabe.

—No, yo no sé nada.

—Quiero decir que Fred pone las chicas.

—Claro, y usted pone lo demás.

—Eso es.

—Y Fred se queda mirando la pared.

—No, hombre, Fred también interviene.

—Deje ya de decir sandeces, señor Masters.

—¿Me conoce?

—Claro que lo conozco... Usted es el secretario de lord Howard.

—Entiendo. Usted es un hombre pacífico, quiero decir que pertenece a alguna organización relacionada con lord Howard.

—Deje los chistes para mejor oportunidad, señor Masters.

Richard hablaba para alargar la conversación. Simone le había dicho que Silvia ya estaba en camino para reunirse con él, y Silvia era una mujer estupenda, para desembarazarse de enemigos como Charlie. ¿No se había librado ya Silvia de aquel tipo en Manchester?

—Muy bien, Charlie, si prefiere que hablemos en serio, hablemos en serio.

—¿Dónde está la muchacha?

—¿Qué muchacha...? Oh, sí, ya comprendo, usted también quiere participar en la juerga de Fred.

—Le voy a meter una bala por la boca, Masters.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no me gusta que me tomen el pelo.

—Pero si nadie se lo está tomando... Soy un hombre la mar de formal... Debería usted pedir información acerca de mí. Le dirán que fui un chico muy juicioso.

—¡Basta!

—Sí, señor. Basta.

—¿Dónde está Silvia Windsor?

Richard se quedó con la boca abierta porque no supo qué contestar al pronto. Por encima del hombro de Charlie podía distinguir un trozo del bar, justamente el que estaba más cercano a la puerta, pero Silvia no había entrado todavía en el local. Estaba seguro de ello porque vigilaba atentamente. Empezaba a tener la impresión de que sólo Silvia podía salvarle.

—Oh, se refiere a Silvia —exclamó sonriendo—. Claro que lo sé. Está aquí.

—¿Dónde? ¡Y déjese de rodeos!

—¿Para qué lo quiere saber?

—Más rodeos, ¿eh?

—¡No dispare! ¡Se lo diré! ¡Se lo diré...!

—Tiene cinco segundos.

—Va a llegar de un momento a otro a este bar.

Charlie se quedó un momento envarado y Richard se dio cuenta demasiado tarde que podía haberle quitado la pistola con el mínimo esfuerzo, simplemente con haber alargado la mano.

—Conque sí, ¿eh...? Conque vendrá a este local...

—Pero le doy mi palabra de que no le diré a ella que lo he visto a usted. Puede estar tranquilo. Ya sé que la muchacha le tiene manía, y que, si lo viese, lo aplastaría como a una cucaracha. Eso le demuestra la clase de amigo que soy.

—Acaba de cavar su tumba, Masters.

—No diga eso, hombre, nunca me gustaron los cementerios.

—Va a venir conmigo.

—Ni hablar, yo me quedo.

—Ahora tiene tres segundos para salir.

—¡Y duro con los segundos! ¿Por qué no concede minutos? Un hombre no puede hacer mucho en unos segundos.

—Yo puedo apretar el gatillo.

—Oh, sí, no tengo la menor duda. Iré con usted.

—Eso creía —rió Charlie con satisfacción—. Oiga esto, Masters. Guardaré la pistola en el bolsillo, pero no dejaré de apuntarle. Haga un movimiento para escapar y será hombre muerto.

—Quiero ser hombre vivo.

—Entonces, obedezca...

Charlie salió de la cabina y para entonces ya había guardado la pistola en el bolsillo. Richard salió también.

—¿Hacia dónde voy?

—Hacia la calle.

Richard se puso en marcha y Charlie fue detrás de él.

El secretario de lord Howard deseó con todas sus fuerzas que Silvia llegase. Pero Charlie no vacilaría en disparar sobre ella. Oh, no, sería mejor que la rubia platino no apareciese.

Salieron a la calle y no vio ni rastro de Silvia.

—El coche amarillo —ordenó nuevamente Charlie.

El coche amarillo era un «Tiburón» aparcado junto al bordillo de

la acera.

La morena de nariz respingona estaba al volante.

Richard y Charlie ocuparon el asiento trasero.

—Adelante, nena —dijo Charlie.

Richard miró por el espejo retrovisor con la esperanza de ver a Silvia, pero la joven debía haberse demorado por alguna razón.

El «Tiburón» emprendió la marcha y Richard perdió toda esperanza de salir con vida de aquella aventura.

Charlie soltó una risita.

—Ya sé lo que está pensando, Masters. Ha creído hasta el último momento que Silvia Windsor lo libraría de mí.

—Eh, yo soy un hombre. No necesito a ninguna mujer para salir de un apuro.

—Salga de éste.

—¿Eh? ¿Cómo?

—He dicho que salga de éste.

Richard miró la pistola que le apuntaba y dijo:

—Bien pensado, necesito una mujer para salir del apuro.

Charlie lanzó una carcajada.

—Eso creía.

La joven de nariz respingona intervino:

—Eh, Charlie, ¿quién es el tipazo?

—Cariño, será mejor que no le echés el ojo porque estoy viajando con un hombre que puede ser considerado cadáver.

Richard protestó indignado.

—¡No quiero morir en Suiza, soy inglés y prometí a mi abuela que expiraría como ella, junto a los blancos acantilados de Dover!

—Lo siento, muchacho. No vas a cumplir tu promesa. Pero no te preocupes. Da lo mismo morir en un sitio que otro y también Ginebra es bonita para dar el último suspiro, aunque no tenga los acantilados de Dover.

CAPÍTULO XIII

Maximilian Sticher estaba sentado tras su mesa de despacho, consultando unos documentos, cuando la puerta se abrió dando paso a Gunther Weidelman y a un hombre de cabeza rapada que manejaba una pistola con la mano derecha.

Los ojos de Sticher miraron con extrañeza a sus dos visitantes.

—¿Qué significa esto, Gunther?

—Un golpe de Estado.

Maximilian se dirigió al hombre de la cabeza rapada, que vestía uniforme gris.

—Keitel, te voy a decir cómo utilizarás la pistola. Apunta a Gunther al corazón y aprieta el gatillo.

El llamado Keitel permaneció inmóvil y su pistola seguía apuntando a Maximilian.

Los labios de Gunther Weidelman esbozaron una burlona sonrisa.

—Ya ves que Keitel no obedece tus órdenes.

Sticher pegó un puñetazo en la mesa.

—Keitel, te he prometido el nombramiento de jefe del ejército. He sido yo quien te trajo a nuestra organización ...

—Lo siento, Sticher, pero Weidelman me convenció.

—¿De qué te convenció?

—Debemos aprovechar al máximo nuestra situación. El supuesto primer ministro debe hacer una declaración más terminante...

—Lo que pretende Gunther es una estupidez.

—A mí no me lo parece...

—Nuestro plan ha de ser ejecutado por etapas. Una precipitación y todo se vendrá abajo... He pasado años estudiando mi programa, organizándolo, y sé mejor que nadie de qué forma se

puede poner en práctica... Bastará que el primer ministro anuncie la ruptura de Estados Unidos para que se produzca un caos económico. Entonces habrá sonado nuestra hora... Es eso lo único que nos debe interesar. Pensar en otra cosa sería una utopía. Este maldito alemán, compatriota tuyo, es un loco y deberías saber que a nada bueno conduce seguir a un desequilibrado.

Hubo un silencio.

Gunther Weidelman dijo:

—Mátalo ya, Keitel.

Keitel sostuvo con más firmeza la pistola.

El tiempo pareció detenerse en aquella habitación.

Keitel empezó a mover el arma.

—¿Qué haces, Keitel? —gritó Weidelman.

Keitel había girado el cañón y ahora estaba apuntando al hombre que lo había traído hasta allí.

—¡No, Keitel...!

Sonó un estampido.

Gunther cayó hacia atrás al recibir el impacto en el pecho. Se movió débilmente y por fin quedó inerte.

Maximilian expulsó el aire de sus pulmones.

—Así es como deben acabar todos los traidores.

—Logró embaucarme —murmuró Keitel—. Te pido perdón, Maximilian. Este hombre me cegó, pero bastó que tú me recordases el plan para que comprendiese cuál era mi deber.

—Que retiren el cadáver de Gunther.

Keitel abrió una puerta e hizo una señal.

Dos hombres uniformados como él, de gris, retiraron el cuerpo sin vida de Weidelman.

Katherine Garson entró en la estancia. Estaba muy pálida.

—¿Qué pasó, Max?

—¿Has visto el cadáver de Gunther?

—Sí.

—Era un estúpido. Quiso asesinarme... Pero ya no podrá hacer nada contra mí. Me di cuenta desde un principio de que Weidelman era un ambicioso... Por fortuna saqué de él todo lo que pude.

Lady Brand dio un suspiro. Había jugado con dos barajas durante toda su vida. Su instinto de mujer le había aconsejado en ese sentido. Y hasta ahora le había ido muy bien. Una vez más, se

probaba que su táctica era la buena. Siempre se quedaba con el vencedor, y en esta ocasión tampoco le había fallado.

Se inclinó sobre Maximilian y lo besó en los labios diciendo:

—Si él te hubiese matado, no sé lo que habría sido de mí. También hubiese deseado morir.

Eran justamente las palabras que habría dicho a Gunther Weidelman, de ser éste el triunfador.

Llamaron a la puerta y Sticher autorizó la entrada.

Entró un hombre con las manos en alto seguido de Charlie que le apuntaba con una pistola.

Maximilian se puso en pie.

—¿Qué pasa, Charlie?

—Encontré al señor Masters en un bar.

—¿Por qué lo trajiste, estúpido?

—Porque está enredado. Esperaba a Silvia Windsor, ya sabe, la chica que impidió la muerte de lord Howard.

—¿Qué vino a hacer a Ginebra, señor Masters? —preguntó Sticher.

—A pasar unas vacaciones.

—¿Espera que lo crea?

—Es asunto suyo.

—Entonces le daré mi respuesta. No le creo. Tengo la impresión de que es usted un hombre que no ha medido sus posibilidades, señor Masters. Ciertas personas trataron de asesinar a su jefe y usted se vio metido en el asunto por una entrometida, Silvia Winsor. Ella le debió contar algo.

—Sólo se refirió al asunto de mi jefe.

—Entonces, ¿por qué están en Ginebra?

—Ya se lo he dicho.

—Oh, sí, ya me lo ha dicho. Está disfrutando de sus vacaciones...

—Así es.

Sticher dejó correr unos segundos y luego gritó:

—¿Cree que soy un estúpido?

—¿Puedo contestarle con sinceridad?

—Claro.

—Entonces, sí, señor, creo que es usted un estúpido.

La cara de Maximilian se puso roja.

Charlie levantó la pistola para disparar, y Richard creyó llegado el último minuto de su vida.

Sin embargo, Sticher dijo:

—No dispaes, Charlie. El señor Masters tiene una importante información que darnos.

Richard sacudió la cabeza.

—Eso es cierto, señor Sticher. Debo informarle acerca del Comité de Lucha por la Paz, del cual soy secretario.

—No me interesan las decadentes ideas de lord Howard, acerca de la paz entre los pueblos.

—Entonces, no sé qué clase de información desea.

—Yo le ayudaré, señor Masters... Usted está enterado de nuestro golpe, del secuestro del primer ministro.

—¿Qué secuestro? ¿Qué primer ministro?

—Me temo que sigue usted un camino equivocado, Masters. Debería confesar. Con ello se ahorraría muchas molestias.

—Pero ¿qué es lo que quiere que confiese?

—Por ejemplo, ¿qué se propone Silvia Windsor? ¿Con quién trabaja ella...? ¿Quiénes son sus hombres...?

—No tengo la menor idea de lo que me pregunta.

—Charlie, llévate a Masters y ya sabes lo que tienes que hacer con él.

—Una bala en la nuca.

—No, estúpido... Quiero saber todo lo que lleva dentro. Concédeme una hora para reflexionar. Luego, si no ha cambiado de opinión, llévalo al verdugo... Que empiecen por quemarle las plantas de los pies. Y si con eso no tiene bastante, meterlo desnudo en la celda de baja temperatura. Con fuego y frío estoy seguro de que el señor Masters se ablandará mucho.

—¿No cree que por el contrario me voy a quedar tieso?

—Su sentido del humor es formidable, señor Masters.

—Muy amable.

—Pero aquí no le va a servir de nada. No, señor Masters. Con Maximilian Sticher no vale el humor y muy pronto se dará cuenta de ello. ¡Fuera!

Charlie hizo salir de la habitación a Richard llevándolo por el corredor.

Richard se dijo que al fin había llegado a la casa donde se

encontraba secuestrado el primer ministro. Pero ¿de qué valía eso si él también estaba secuestrado?

CAPÍTULO XIV

Silvia Windsor golpeó en la cabeza al centinela que tenía delante, el cual lanzó un gemido y se desplomó sin sentido en tierra.

A continuación Silvia habló por el emisor:

—S-1 llamando a

S-2...

—S-2 a la escucha...

—Entrada Sur sin enemigos... Yo continuó hacia adelante...

Corto y fuera.

Silvia se alejó del centinela que estaba sin conocimiento. Caminaba junto a la pared de la casa.

De vez en cuando, se detenía para probar en una ventana. Finalmente llegó a una que estaba abierta. Saltó con agilidad y entró en la habitación, donde no había nadie.

Cruzó la estancia y abrió la puerta.

Vio un vestíbulo con una escalera, Al pie de ésta, había dos centinelas con uniforme gris que portaban metralleta.

Por la izquierda le llegó un grito y sintió un escalofrío porque era la voz de Richard Masters.

No podía salir de allí porque cualquiera de los dos centinelas podían verla cruzar.

La suerte estuvo de su lado. Uno de los centinelas se buscó en los bolsillos y dijo:

—Se me acabó el tabaco. ¿Tienes tú?

—Sí —contestó el otro.

El centinela que quería fumar se acercó a su compañero dando la espalda a Silvia.

Ella aprovechó su oportunidad y salió de la habitación encaminándose hacia el lugar de donde había llegado la voz de

Masters.

Bajó por una escalera y casi se dio de bruces con un centinela.

Éste levantó la metralleta para disparar, pero Silvia cayó sobre él y le golpeó con la pistola en la frente.

El hombre se desmayó.

Silvia se encontró ante una gran puerta. Despasó con suavidad el cerrojo y abrió.

Ante sus ojos se ofreció una escena que no le gustó nada. Richard Masters estaba tendido en una mesa, sujetas las piernas y los brazos por correas, los pies desnudos.

Un tipo grandullón, de torso desnudo y cabeza en forma de pepino, acercaba un hierro al rojo vivo a los pies de Masters.

A la cabecera de la mesa del tormento estaba Charlie, quien ahora sonrió diciendo:

—Anda, Masters, cuéntanos todo lo que sabes... Sé un buen chico y ya verás cómo las cosas se arreglan para ti.

—Vete al infierno... No sé nada.

—Entonces, serás tú quien se vaya al infierno. Te lo aseguro.

Silvia dejó oír su voz:

—Quietos, Cabeza de Pepino. Si quemas a Richard, te parto la espina dorsal.

El grandullón se quedó quieto.

Sin embargo, Charlie trató de sacar la pistola y hasta logró tocarla.

Silvia apretó el gatillo.

Charlie soltó un rugido animal. La bala le había atravesado la garganta.

Silvia gritó de nuevo al grandullón:

—Tira esa barra y desata al prisionero...

Cabeza de Pepino se apresuró a obedecer la orden.

—Silvia —dijo Masters—, ¿cuántos policías trajiste?

—Ninguno.

—Dios mío, aquí hay un ejército... Estamos perdidos.

—Tranquilízate, Richard... ¿Sabes utilizar un arma?

—Claro que sé utilizar un arma, pero me temo que eso no va a servir de nada. Te digo que he visto docenas de uniformes grises.

El grandullón ya había terminado de desatar a Richard y éste saltó de la mesa.

En ese momento se abrió la puerta y apareció un centinela de uniforme gris con metralleta.

Silvia le metió dos balas en el vientre y el tipo rodó por el suelo soltando aullidos de dolor.

Al otro lado se oyeron pasos que retrocedían.

—¿No te lo dije, Silvia? —exclamó Richard—. ¡Estamos perdidos...!

Silvia atrapó la metralleta que había pertenecido al hombre que acababa de liquidar y entregó la pistola a Masters.

—¿Dónde está el primer ministro, Richard?

—No lo sé.

Silvia apuntó con la metralleta a Cabeza de Pepino.

—El primer ministro...

El interpelado no contestó.

—No te canses, Silvia —dijo Masters—. El tipo es sordomudo.

—Pues que haga señales... Anda, muchacho, dinos dónde está el primer ministro...

Cabeza de Pepino señaló hacia la puerta.

—Hay que ir por él inmediatamente, Richard. Sígueme.

—Nos liquidarán.

—Pero si no vamos a por el primer ministro, lo liquidarán a él antes de permitir que lo rescatemos...

Silvia cogió la barra al rojo vivo y acercándose al hueco de la puerta lo arrojó hacia la derecha.

Se oyó un grito de dolor. La barra había golpeado contra el otro uniforme gris.

Entonces saltó hacia el corredor.

El soldado al servicio de Maximilian Sticher quiso servirse de su arma, pero Silvia se dio mucha prisa en sacarle de la cabeza tal idea, porque fue allí donde le alojó una bala que le produjo un orificio de entrada y otra de salida.

Masters descuidó la vigilancia de Cabeza de Pepino y éste lo atrajo por detrás con ánimo de romperle el cuello.

Richard le clavó la pistola en el estómago e hizo fuego.

El gigante lo soltó llevándose las manos a las tripas, y al verse un enorme boquete allí, cayó de rodillas soltando gruñidos.

Masters no esperó a ver el desenlace. Salió al corredor.

Silvia le hizo una señal.

—Vamos.

Corrieron por el pasillo y bajaron por una pequeña escalera.

Un hombre los recibió con una ráfaga de plomo.

Silvia lo había visto a tiempo y saltó mientras ponía en marcha su metralleta.

Las balas del fulano picotearon en la pared, pero las de Silvia lograron su objetivo, porque empujaron al centinela hasta convertirlo en un despojo.

Silvia miró a sus espaldas para ver si Richard había sido alcanzado, pero lo vio incólume, aunque su cara estaba tan blanca como el yeso.

El centinela había dejado en el suelo su llavero.

Silvia lo cogió mientras gritaba:

—¡Vigila la entrada, Richard...!

Se oyó una voz procedente de las ventanillas enrejadas.

—Eh, ¿quiénes son ustedes...? ¿Qué pasa...?

—¡Es el primer ministro! —exclamó Richard Masters.

Silvia abrió la puerta enrejada y al otro lado vio al primer ministro inglés con su pipa en los labios.

—Sí, señor primer ministro.

—Siempre he dicho que teníamos el mejor servicio de contraespionaje.

—Disculpe, señor ministro, pero no pertenezco al Intelligence Service. Soy Silvia Windsor y trabajo por mi cuenta.

—Bueno, pero él pertenecerá a nuestro Intelligence Service...

—No, señor ministro.

—¿Al Ministerio del Interior?

—No.

—¿A Scotland Yard?

—Tampoco, señor ministro... Richard Masters forma parte del Comité de Lucha por la Paz. Hemos de salir inmediatamente de aquí, señor ministro... Sígame. —Con mucho gusto.

Silvia se unió a Masters a quien dijo:

—Yo iré adelante, pero ten los ojos bien abiertos. Hemos de defender al primer ministro...

Salieron otra vez al corredor y no encontraron a ningún enemigo.

—Demonios —dijo Richard Masters—. Seguro que Maximilian

Sticher se asustó y se ha ido con sus hombres... ¡Hemos ganado...!

Llegaron al vestíbulo y Silvia tampoco vio a ninguno de los centinelas. Encamináronse hacia la puerta, pero de pronto oyeron la voz de Maximilian:

—Suelten las armas. Están atrapados.

Silvia volvió la cabeza y vio en la escalera a Maximilian Sticher, a quien acompañaban cuatro hombres y una mujer. Y los seis, incluido Maximilian, manejaban metralletas que apuntaban hacia Silvia, Masters y Su Excelencia el primer ministro.

CAPÍTULO XIII

Richard Masters dijo desconsolado:

—Se acabó la buena racha.

Dejó caer la pistola, pero Silvia continuó con la metralleta en su poder, aunque apuntaba al suelo.

—Señorita Windsor —dijo Maximilian Sticher—, imite a su compañero y suelte el arma.

Silvia la dejó caer a sus pies.

El primer ministro dio un suspiro.

—Muchacha, ha sido usted muy valiente, y propondré a la reina que le conceda un título nobiliario.

—¿Los dan también a los muertos?

—Oh, no diga eso...

—Señor primer ministro, me temo que no podré disfrutar del título nobiliario, ni usted tendrá el placer de contar esta aventura a la reina.

Maximilian se echó a reír desde la escalera.

—Celebro que haya llegado a esa conclusión, señorita Windsor... ¡Muchachos, fuego contra ellos...!

—¡Espere! —gritó Silvia—. ¡No puede hacer eso, señor Sticher!

—¿Por qué cree que no?

—Cometería la mayor equivocación de su vida, señor Sticher. No puede matar al primer ministro. Su hombre en Nueva York ha sido desenmascarado. Por eso estamos aquí. Seguimos la pista del verdadero primer ministro...

—He sumado dos y dos, señorita Windsor, y ya sé quién es el culpable de este alboroto, el ayuda de cámara del primer ministro...

—De acuerdo. El ayuda de cámara fue quien descubrió la superchería, que el actual primer ministro era sólo un farsante, y ha

informado a las autoridades.

—Sólo informó a usted, señorita Windsor.

—Se equivoca. Empezó conmigo, pero yo le aconsejé que trasladase sus sospechas al Intelligence Service y a Scotland Yard.

Maximilian sonrió con ironía.

—No le creo una palabra, señorita Windsor. Ha podido engañar a muchas personas porque es una de sus especialidades, pero no conseguirá que yo trague el anzuelo. Una vez muerto el primer ministro, sólo tenemos que hacer un trabajo. Liquidar también al ayuda de cámara. Entonces nuestro hombre podrá seguir cumpliendo la misión que le fue confiada... Admito que sólo quería utilizarlo durante unos días, pero me he dado cuenta de que podrá seguir en su puesto hasta que las circunstancias, aconsejen su retirada...

—Si usted fuese tan inteligente como cree ser, señor Sticher, se daría cuenta de que su plan no tiene la menor probabilidad de ser realizado con éxito.

—Ya le escuché bastante, señorita Windsor.

Los hombres que secundaban a Maximilian se prepararon para disparar.

Sonaron varias ráfagas, pero no eran las metralletas de los uniformes grises las que soltaban el plomo.

Sheyla Palmer, Simone Morel y Sofía Lizani estaban en una puerta del fondo y eran ellas quienes disparaban.

Los hombres de Maximilian, sorprendidos, trataron de dirigir el plomo hacia las muchachas.

Silvia se dejó caer en el suelo y desde allí envió una ráfaga sobre Maximilian, que ya estaba corriendo hacia el piso superior.

Sticher se estremeció al ser alcanzado por varios proyectiles, se inclinó sobre la baranda y cayó dando una voltereta en el aire. *Lady Brand* murió en el acto al recibir mucho plomo en su voluble corazón.

La mayoría de los hombres de Maximilian Sticher ya estaban muertos, y los que sólo habían sido heridos levantaron las manos anunciando su rendición.

El primer ministro ayudó a levantarse a Silvia.

—Señorita, tendrá su título nobiliario aunque yo sea laborista, y lo tendrá por su arrojo, por su valentía, por su decisión...

—¡Richard! —exclamó Silvia apartándose del primer ministro. Masters estaba tendido en el suelo porque se había desmayado.

* * *

Las cuatro muchachas se encontraban en su residencia de Nueva York.

Sofía Lizani mostraba a sus compañeras la esmeralda que acababa de tallar.

Ninguna parecía prestar atención al acto que se televisaba. El primer ministro británico pronunciaba un discurso exaltando la paz del mundo.

La bombilla roja se encendió.

Transcurridos unos minutos, entró en la estancia Richard Masters.

—Eh, Silvia, ¿olvidastes que debes cenar conmigo?

—No, Richard, no lo olvidé —dijo Silvia y se levantó del sillón exhibiendo un maravilloso vestido de noche negro, de encaje.

Richard Masters abrió mucho los ojos y tragó saliva. Su mechón frontal se levantó instantáneamente.

Silvia llegó a su lado y sacando un pequeño peine le puso en orden el mechón.

Después de guardar el peine, besó a Richard en la comisura de los labios.

Richard vio asombrado que, en el televisor, el primer ministro le estaba guiñando un ojo, y luego Su Excelencia dijo:

—Os aseguro, señores representantes, si hoy hago uso de la palabra, lo debo a cuatro mujeres justas...

Silvia tiró de Richard y los dos salieron de la habitación.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).